

VOLUMEN
36

Miguel Otero Silva

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Argenis Martínez



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

Argenis Martínez

Nació en Maracay, Estado Aragua (1943). Periodista y escritor, cursó estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela, donde obtuvo el grado de Licenciado en Periodismo, en octubre de 1969. Asiste luego en 1970 a la Università Degli Studi di Roma, Italia, y regresa para incorporarse al periodismo y a la política activa en la Revista "Vea y Lea", con el cargo de redactor y luego como Jefe de Redacción, en el año 1971. Se desempeña posteriormente como jefe de redacción de la Revista Nacional de Teatro y del Espectáculo "Escenas", así como del semanario "Buen Vivir" (1977). También forma parte como editorialista y escritor del programa cultural "Síntesis", del Canal 5. El año siguiente (1978) es nombrado Jefe de Prensa de la IV Sesión Mundial del Teatro de las Naciones, que se celebra en Caracas bajo los auspicios de la UNESCO, del Conac y el Ateneo de Caracas. Inmediatamente después es designado coordinador de promoción de la Oficina de Infraestructura Teatral, 1978/1979, con sede en el teatro Luis Peraza. Ingres a las páginas de arte de *El Nacional* (1980) y es nombrado sucesivamente redactor especial y jefe del cuerpo "C" (1982), Jefe de Información Política (1986/1988), de Información Económica (1990), Jefe de Planificación Editorial (1991/1993), y Jefe de Redacción (1994/1996). También ha estado encargado del *Papel Literario* y de otras publicaciones de la C. A. Editora *El Nacional*. Hoy se desempeña como Vicepresidente Editorial del Diario *El Nacional*. Ha seguido cursos especializados de periodismo de investigación de la SIP en Santiago de Chile (1993), periodismo de investigación de la SIP en México, D.F. (1994), así como cursos de actualización en Virginia, Estados Unidos.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Miguel **Otero Silva**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Miguel **Otero** **Silva**

(1908-1985)

Argenis Martínez

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo José Sigala (portada). Archivo de *El Nacional*,
Archivo de la familia Otero Castillo y cortesía de Marilda Vera.

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf892006920170.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-026-6

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

Quisiera consignar aquí mi agradecimiento a la historiadora Sheila Salazar, sin cuya inestimable labor de investigación en archivos y bibliotecas, así como de recopilación de fuentes primarias dispersas en numerosos repositorios documentales, habría sido imposible llevar a término esta obra. Asimismo, a Edgardo Mondolfi Gudat, por sus pertinentes observaciones y cuidadosa dedicación a la hora de hacerse cargo de la edición final del manuscrito.

Del mar y del río



De las tantas vidas que Miguel Otero Silva supo transitar desde aquella madrugada del lunes 26 de octubre de 1908 cuando nace en Barcelona, Estado Anzoátegui, muy pocas dejaron de ser una mezcla rotunda de aventura y de razón. Pero ninguno de estos dos rasgos, o acaso cualquier otro que desconocemos, pudo imponerse y limitar su profunda y temprana vocación de escritor. Puede decirse que tanto en su paso por la política, como en su dedicación por las artes plásticas, o en su pasión humorística, no hubo otra cosa que una reverencia definitiva por la palabra, ya fuera a través del periodismo, la poesía o la novela, la correspondencia íntima o el discurso público, del verso pronunciado o de la frase que buscaba la sonrisa.

Que naciera en Barcelona pudo ser una interpolación del azar: su padre, Henrique Otero Vizcarrondo, había intentado fortuna en la cercana Cumaná, donde su familia, dada al comercio, emparentó lazos con otros apellidos de la ciudad. Su madre, Mercedes Silva Pérez, sí era barcelonesa pero al igual que la mayoría de las familias de oriente entrecruzaba parentesco con diversas ramas familiares de la región oriental. Tanto el abuelo por parte de madre, Magín Silva Rojas (pariente del pintor Cristóbal Rojas), como por el padre, Miguel Otero

Vigas, fueron no sólo críticos de los políticos de su época (entre ellos de Cipriano Castro) sino que sufrieron largos períodos de prisión, de donde salieron devastados físicamente, para encontrar al poco tiempo la muerte.

El joven matrimonio Otero Silva pronto se estableció en Barcelona, aunque por épocas también radicaron el hogar en Guanta y Puerto La Cruz, debido a las actividades comerciales que desarrollaba el cabeza de familia. De la unión nacieron sucesivamente cinco hijos, cuatro varones –Miguel, Carlos Henrique, Vicente Emilio, Alejandro– y una hembra, Clara Rosa, esta última de un temple singular.

En un breve discurso pronunciado en Barcelona en 1981, con motivo de haber entregado formalmente su colección de pinturas venezolanas a un museo de esa ciudad creado *ad hoc*, precisa las circunstancias de su nacimiento y de su infancia: “Quiero sí decir que yo nací en octubre de 1908, en un caserón ya desaparecido que quedaba en la calle Eulalia Buroz, equidistante de las aguas del Neverí y de las ruinas de la Casa Fuerte” (Evaristo Marín, *El Nacional*, 3 de mayo de 1981). En esa oportunidad, reveló además: “aprendí las primeras letras en la escuela de Matías Núñez, y luego abandoné prácticamente para siempre estos terrenos donde había nacido, llorado mi primer llanto y dicho mis primeras malas palabras”.

Por las varias referencias que hemos hallado, como el trabajo del cronista Salomón de Lima, *Barcelona en la letra de su cronista*, la escuela de Matías Núñez funcionaba, en efecto, en la capital de Anzoátegui. No obstante, existe la versión de Candelario Anuel Pérez, dada a conocer en *Puerto La Cruz en cuatro décadas*, que responsabiliza a Rosalvina La Rosa como su maestra de primeras letras, en esa ciudad porteña, que no era ni tan ciudad ni tan puerto para aquella época. En el mismo tono, el poeta Fernando Paz Castillo, en *Miguel Otero Silva. Su obra literaria*, insiste en esta afirmación: “Aprendió a leer... en Puerto La Cruz, a la sazón un pequeño caserío frente al mar”.

No hubo, en todo caso, ingratitud ni olvido porque en esa ocasión, cuando donó su colección de pintura venezolana, MOS afirmó que era

“uno de los pocos especímenes humanos que conservan consigo permanentemente el amor al terruño donde nacieron, y el orgullo del cielo y del río que contemplaron por primera vez”. Valgan además estos versos como fiadores de tales recuerdos:

*Yo tenía siete años y un perro. Entonces
amaba la altanera retórica del mar.
Recuerdo las catorce casas de palma,
la escuela y su coral abecedario*

También advertía a sus oyentes en aquella ocasión en Barcelona que luego al volver a su ciudad natal, cuando “ya era un perseguido político y un periodista con aspiraciones de escritor”, “la gente barcelonesa de mi época, de esa larga época, vivía de espaldas a la cultura y al arte, nadie escuchaba música, nadie hablaba de escultura y de pintura, nadie leía un libro trascendente y eso me lastimó de tal manera que me hice el propósito intrínseco de tratar de remediar, algún día, aun cuando fuera en pequeña forma aquella oscura situación”.

Luego le fue cortada la memoria de esos tranquilos días de infancia porque la muerte de su madre, a consecuencia de la gripe española, obligó a la familia a establecerse en Caracas, donde la educación de los cinco huérfanos hubiera de facilitarse. En la zona de La Pastora, Henrique Otero Vizcarrondo compró casa y allí junto a su suegra –ya viuda– Clarita Pérez García y sus tres cuñadas solteras, Leonor, Emilia y Margot, pudo encaminar a sus hijos no sólo en sus estudios de bachillerato sino hacia el deseo de restaurarles el ambiente de un hogar unido y cálido, que compensara la brusca pérdida de la madre.

Para Miguel Otero Silva, la llegada a Caracas significó una ruptura lenta y progresiva con una primera realidad que si bien le era cómoda y plácida no le ofrecía retos, ni lo obligaba a vencer nuevas situaciones ni tampoco le exigía algo más que ciertos destellos de inteligencia. No sólo fue un muchacho tempranamente tímido, sino que lo siguió siendo por el resto de su vida, como lo confesaba a cada momento. Inclu-

so, ya al final de su vida, cuando publicó *La Piedra que era Cristo*, hube de entrevistarlo para la televisión y se negó tercamente porque “aparecer en la televisión lo abrumaba”. Al final cedió, aunque mantuvo que su timidez era invencible.

Lo cierto era que traía en su alma esa actitud contemplativa de quien ha aprendido a asomarse al mar y al río, al silencio de los caminos y a las tardes solitarias de los pueblos. Y de pronto la pérdida de su madre le agrega años a su vida, lo gradúa de hijo mayor y le asigna responsabilidades urgentes y concretas que no habría podido imaginar meses antes. Guardó un dolor que lo escoltó toda la vida y que, en cada oportunidad pública, vencía no sólo con el humor sino con el reto de hablar y convencer, de dirigir y orientar, de protagonizar aún en contra de su firme disposición de darle prioridad protagónica a los demás.

Los estudios de bachillerato ocurren entre el Liceo Caracas y el internado del católico Liceo de San José, en Los Teques, a dónde se le había enviado a formarse junto a sus hermanos varones, como era costumbre entre las familias de la época. No fue una experiencia que se atreviera a rememorar siquiera y, quizá el testimonio lejano de Arturo Uslar Pietri, quien lo recuerda como un joven callado y distante, diga mucho de esa transición que iba tomando cuerpo en su verdadera personalidad. “Me topé con él en los remotos y neblinosos corredores de un colegio, en donde ambos nos asomábamos a la trágica y dulce aventura de la adolescencia. Era un muchacho largo y descolgado, un poco huraño y receloso, que siempre parecía pensar en otra cosa”, advierte Uslar con una precisión que abruma por la carga de certeza.

Si del Miguel Otero joven se sabía poco, bastan estas pocas palabras para entender al escritor adolescente, quien durante el resto de los años iba a cargar consigo una soledad prohibida, un silencio que no quería y una timidez que solía vencer esgrimiendo con luminosidad el humor. “La soledad es lo que me ha permitido escribir”, le recordó una vez a un entrevistador.

Pero si bien Uslar Pietri advierte que en su soledad MOS estaba más allá de las lecciones, de las prácticas atléticas, los juegos y los deberes,

no por ello desconocía que de adulto resultó ser un apasionado de los deportes y de los juegos (quizá el venezolano que mejor conoció de reglas y normas deportivas, de estadísticas y de competencias de masas, de información y de apuestas sanas), y que llevó esta pasión a la vida diaria, al punto de hacer de ello una de las prioridades de su preocupación profesional en *El Nacional*, donde creó e impulsó el moderno periodismo deportivo venezolano.

Sin embargo, no estaban aquellos días para hacer alarde de otra cosa que no fuera ampliar su universo interno, y para ello observaba la soledad como un espacio fortificado, en el cual se refugiaban su condición de huérfano, la lejanía del padre y la expatriación no sólo de su hogar natal en Barcelona sino de la casa de sus tías en La Pastora, en Caracas, y fundamentalmente, de su abuela materna, Mamá Clarita, que lo llenaba todo y era un signo y una señal que se prolongó por muchos años.

Además, la familia recibe en Caracas a los Leoni-Otero, que en octubre de 1919 llegan a la capital desde Guayana. Con ellos arriba también su primo, Raúl Leoni, quien luego será su compañero de luchas y exilio, y luego Presidente de Venezuela. En una entrevista que le hace Otero Silva en Miraflores, ya al final de su mandato, el periodista habla de aquellos días en que era apenas un niño y “recuerda neblinosamente la pintoresca aparición de aquel pariente provinciano que llegaba a Caracas bajo el alero de un sombrero de pajilla, estrenando amagos de bozo y un pantalón a media pierna”. El joven guayanés seguirá estudios en el Liceo Caracas, bajo la dirección de Luis Ezpelosín y luego de Rómulo Gallegos. No otro destino le espera también allí poco después, porque es tres años menor, al joven Miguel.

El país parece vivir una calma que es, en esencia, la escenografía de un disimulo pero que gira a diario sobre un cúmulo de preguntas que nadie se atreve a formular. El gobierno de Juan Vicente Gómez exhibe fuerza y estabilidad, pero todo el mundo percibe que no habrá una continuidad de poder, y que la disputa entre sus deudos quemará las viejas ambiciones y las enterrará con la muerte del dictador. Pero ¿cuán-

do, y a qué precio? ¿Qué modelo de vida debe adoptarse, hacia dónde hay que buscar el futuro? No son preguntas egoístas ni secretas sino que rondan la vida de los jóvenes caraqueños y de aquellos que han llegado del interior de la República.

Por encima de sus soledades porfía disciplinadamente en sus estudios y se gradúa de bachiller a los quince años, tal como se recoge en una crónica de Oscar Guaramato, su primo, publicada en *El Nacional*, que seguramente él mismo debió revisar al calor de las conversaciones cotidianas llevadas a cabo en la propia redacción del periódico: de allí el lado certero de este testimonio. También se deja saber que a su gusto por los números, el joven estudiante agregaba una afición por el verso, e incluso por la cróniquilla sarcástica contra sus profesores.

En efecto, ya en septiembre de 1923, en el Colegio San José de Los Teques, trabaja un primer un soneto que, luego de titubeos y revisiones, transcribe pausadamente de puño y letra, y que conservó luego enmarcado en su oficina de *El Nacional*. Veamos con interés y benevolencia estos primeros versos:

*Rugido tenebroso de los leones
Monótono ladrar de los chacales
Gran conjunto de ruidos infernales
Que resuenan cuál lúgubres canciones*

*Y allá en el medio de tan tristes sones
La noche con sus alas colosales
Va manchando de negro los trigales
Transformando los campos en carbones*

*Las fieras de la selva se hacen coro
Lanzando con furor terrible grito
Que resuena en los montes inaudito*

*Se filtra en las tinieblas como un toro
La luna colosal moneda de oro
Arrojada al azar en lo infinito*

Se trata, como puede observarse, de un ejercicio muy primerizo del joven estudiante hacia la poesía, porque no ocurre (que se sepa) dentro de un grupo o un movimiento cultural que tuviera lugar en el Colegio San José, sino de un intento solitario y, evidentemente, muy de búsqueda y de amago. ¿Quién lo impulsó a ello dentro del círculo de sus amigos y profesores? Por la fecha –septiembre de 1923–, no sólo confirma su permanencia en el internado de Los Teques sino también que a la temprana edad de catorce años ya su vocación por la poesía y la literatura no sólo era cierta sino inevitable.

Él mismo sugiere una pista sobre su temprana vocación poética, al recordar a Andrés Eloy Blanco en una nota publicada en *El Nacional* el 6 de agosto de 1964, en la cual se refiere a sus primeros recuerdos sobre la familia del poeta cumánés:

Vivía la familia Blanco Meaño en la esquina de Miranda, cuando la Plaza Miranda no era ese horrible cajón de cemento que es ahora (...) yo era entonces un niño de 9 años y Andrés Eloy un joven intelectual de 19 que ya se había ganado un premio de poesía (...) y a mí me gustaba oírlo conversar, porque hablaba bonito, y me gustaba ver a sus hermanas que eran muy lindas... Por eso saltaba de contento cuando mi mamá o mis tías me llevaban de visita a aquella casa.

¿Estará aquí, tal vez, el impulso inicial y conjunto de poesía y de humorismo, que acompañaron a MOS tantos años?

Oscar Guaramato deja constancia además de que, junto a Rafael Vegas, constituían los benjamines de su generación al llegar a la universidad. Provocadora coincidencia de vidas que luego van a transitar recuerdos en dos novelas venezolanas: *Fiebre*, la obra primeriza de Miguel Otero, y *Falke*, escrita a distancia de años y sin ánimo de encru-

cijada, pero en las cuales la generación del 28 cuelga luminosa y desgarrada en cada uno de sus párrafos.

En 1925, en el Liceo Caracas, cuyo director era Rómulo Gallegos, obtiene su título de bachiller. No se cierra una etapa ni mucho menos se abre otro camino para el joven estudiante, sino que se consolida una angustia y una contradicción: ¿cómo deberse a la palabra y, a la vez, a los números y a la técnica, es decir, a la ingeniería que el padre había escogido como la carrera profesional que debía cursar? Como muchos jóvenes de hoy, decide continuar con el dilema hasta que éste madure por sí mismo y no sea un apremio y una duda existencial, sino la escogencia de un destino.

Si bien ingresa a la Universidad Central de Venezuela para cursar la carrera de ingeniería, y avanza sin mayores obstáculos materia tras materia, sigue viva en su interior la necesidad de la palabra. No es fácil renunciar a ella y menos cuando tres años antes se había medido en un soneto dedicado a Páez, que de su puño y letra conservó siempre consigo al punto de mandarlo a encuadrar y exhibirlo en una pared de su oficina en *El Nacional*, donde hoy permanece. Pero la métrica del soneto, la rigurosidad de su construcción y la disciplinada simetría de esa musicalidad, le hablaban de un rigor que iba paralelo a las matemáticas pero, eso sí, envuelto en alma.

Al hablarle en febrero de 1969 a un grupo de alumnos del Instituto Pedagógico de Caracas, les explicaba por qué había estudiado ingeniería y por qué había decidido, extrañamente, ser escritor:

Los que se sentían inclinados hacia la literatura –les decía– se inscribían generalmente en la Facultad de Derecho, no me explico por qué causa, ya que los códigos, los pleitos tribunales y los embargos están, a mi juicio, más distantes de las letras que la disección de un cadáver. Yo preferí la Ingeniería porque allí, al menos, se veían algunas materias de Matemáticas puras que era lo único más o menos poético que podía aprenderse en aquella universidad semi-feudal. Pero finalmente dejé la Ingeniería sin haberla comenzado a ejercer y me puse a escribir, tras prometerme a mí mismo que no practica-

ría en mi vida otro oficio sino el de periodista (...) y la literatura (Efraín Subero, Cercanía de Miguel Otero Silva).

Poco ha trascendido de su destreza con los números, de su asombrosa capacidad para retener en la memoria una larga lista de siete cifras y, luego de borradas, repetirlas con inusitada precisión. Era un “performance” natural que le gustaba hacer y que dejaba en trance de sorpresa a cualquiera, y mucho más cuando aplicaba esta habilidad a los cálculos para las apuestas, a las estadísticas deportivas y a cualquiera de las probabilidades y encrucijadas de la vida. Lo superior en su caso era que nunca fue por ello un personaje frío y calculador, sino un hombre que navegaba despreocupado al arbitrio de varios destinos, al cual más inadvertido.

Pasos **previos**

Contrario a lo que podría creerse, siendo un hombre ligado a las letras y al periodismo, y con tantos amigos en esas artes, Miguel Otero Silva carga consigo algunas sombras en las fechas de sus primeras publicaciones. Pero lo que importa no es, en fin, abrir una polémica sino avanzar en algunos datos fundamentales que ya han sido recogidos con especial estudio y dedicación por diversos autores. Hay plena coincidencia en que tanto en la revista *Elite* como en el semanario *Fantoches*, es donde se inicia como colaborador habitual a partir de 1925.

En la entonces recién fundada revista *Elite*, dirigida por Juan de Gurruceaga, publica en 1925 su primer poema "Estampa". Quiso el azar que Fernando Paz Castillo, poeta y crítico decisivo para varias generaciones de escritores, se percatara rápidamente de su trabajo y lo comentase en términos generosos. Paz Castillo, debe decirse, era desde 1922 profesor del Liceo Caracas, donde tal vez motivó estas primeras incursiones poéticas de Miguel Otero y de otros de sus condiscípulos.

Este conocimiento previo hizo sin duda que el 9 de enero de 1926, Paz Castillo no dudara en afirmar, a propósito de sus poemas, que "empieza este joven a apartarse del fácil camino de la poesía madrigalesca; puede decirse que le dan derecho a figurar entre los nuevos es-

critores algunos poemas que revelan temperamento poético y una visión clara y original de la naturaleza”. Aclara luego que Miguel Otero “ya no es el muchacho que escribía dando rienda suelta a la imaginación, entretejiendo rimas por el puro gusto de oírlas; ahora se propone decir algo, dominar su facilidad, encontrar una expresión estética”.... (*Elite*, 9 de enero de 1926).

Simultáneamente incursiona también en las páginas de *Fantoches*, el gran semanario de Leoncio Martínez –“Leo”–, donde publica el 28 de octubre de 1925 el poema “Primavera nuestra”. Luego, el 8 de septiembre de 1926, aparece “La Carreta”, un poema dedicado a Uberto Mondolfi Otero (su primo y compañero de correrías), y el 3 de noviembre del mismo año el poema “Invierno”.

Meses antes, el 23 de junio de 1926, dio a conocer “El Insulto”, un cuento corto, un hecho llamativo porque fue un género literario que transitó en muy contadas ocasiones, según lo establecido hasta ahora. Pero si bien lo intentó en pocas oportunidades, y sólo en su primera etapa de creador, lo cierto es que, como lo hemos venido a descubrir progresivamente, durante una década narró pequeñas historias como ésta que ahora mencionamos, así como más tarde con “La Fuga” (*Elite*, 23 de octubre de 1926) y también con “Del Zulia ha venido un niño” (*El Popular*, órgano del PRP, 30 de enero de 1937), de acuerdo con lo recogido por Nelson Osorio Tejeda en su estudio *Aproximaciones a la obra de Miguel Otero Silva*.

Sin embargo, la lista es larga y como pudimos constatar al revisar los números correspondientes al año 1926 de la revista *Caricaturas*, hemos hallado otros cuentos cortos, de lo cual hablaremos más adelante. Pero lo que nos interesa resaltar ahora es que no deja de ser una curiosa paradoja el hecho de que Otero Silva haya creado luego, con la fundación del diario *El Nacional*, el concurso de cuentos más significativo del país, que ha venido propiciando, durante sesenta años continuos, un inigualable y ambicioso espíritu de participación entre quienes deseaban y desean probarse como narradores. Si algún acto en Venezuela desencadena cada año los ímpetus de escribir entre cente-

nares de venezolanos, y permite descubrir talentos excepcionales en la cuentística nacional, ello debe atribuirse a esta iniciativa suya y del diario *El Nacional*. No pocos escritores confirmaron su vocación no sólo al medirse en este concurso, sino por el hecho de asumir el reto de ganar enfrentando a tantos y tan buenos participantes de todo el país.

Pero volviendo atrás, a la época de sus colaboraciones en el semanario *Fantoches*, cabe señalar que en todos los trabajos que publica en ese semanario los firma con su nombre y apellido, Miguel Otero Silva, contrario a lo afirmado por algunos investigadores en el sentido de que empleaba el seudónimo “Miotsi”. En los números de esa publicación disponibles en la colección de la Hemeroteca Nacional (del 26/01/1925 al 24/11/1926) no figura por ninguna parte un trabajo firmado con ese seudónimo.

Algo diferente ocurre con los artículos que dio a conocer en la revista *Caricaturas*, también de la misma época, que hemos revisado parcialmente hasta ahora. Allí –sí–, desde el primer número de esta publicación, colabora con el seudónimo “Miotsi”, y lo hace con una constancia y frecuencia que resulta por demás admirable, si se toma en cuenta lo temprano de su edad, ya que no había cumplido los dieciocho años. Ocasionalmente, utilizó también el seudónimo de “Rafael Valentín”.

Caricaturas era un semanario que circulaba todos los sábados bajo la dirección de Alejandro Alfonso Larrain y Rafael Rivero y que, como cosa extraña, gozaba no sólo de aceptación popular sino también del favor generoso de los anunciantes. Se trataba de una publicación de mucha actualidad porque comentaba no sólo los acontecimientos nacionales más resaltantes sino también los internacionales.

El primer número de la revista apareció el 28 de agosto de 1926. Allí publica “Necrologías”, versos humorísticos que aludían al entonces reciente fallecimiento del actor Rodolfo Valentino y de los descalabros emocionales que ello causó entre el público femenino caraqueño. La página entera está dedicada, en tono jocoso, a la muerte del ídolo, y lleva por título *Valentinitis*, en alusión a la apendicitis que causó el

deceso de la estrella de Hollywood. Otro texto sin firma, titulado “La Muerte del Cisne”, completa la página, pero aunque su tono y su estilo sugieren la autoría de MOS, sería aventurado proclamarlo así.

Lo que sí vale la pena resaltar es el anuncio formal de su vocación de humorista, asumida ahora públicamente, confirmando un camino que había decidido recorrer, sin duda, desde mucho antes. Veamos, por ejemplo, el testimonio de Eduardo Michelena en su trabajo *Vida Caraqueña* (Madrid, 1965): “se decía que Miguel Otero Silva de once años de edad, en el Colegio Alemán había compuesto, como burla a un profesor de apellido Marichal, el siguiente cuarteto:

*Soy el maestro baturro,
Soy el Larousse tropical,
Soy la sonrisa del burro,
Soy el doctor Marichal.*

Cierta o no esta travesura, lo verdadero y comprobado es que, posteriormente, en el semanario *Caricaturas*, MOS no descansó un momento y desarrolló intensa actividad en la que unía su talento humorístico con su don especial para el periodismo. En el N° 2, del 4 de septiembre de 1926, publica un cuento corto, “El Traje Negro”. Luego reaparece en el N° 4 del 18 de septiembre de 1926, cuando inicia una columna fija (que se sepa es la primera de estas características) bajo el título de “Boladas”.

El tema de la columna es un ácido y jocoso comentario sobre la “moda más estúpida” que ha llegado de Norteamérica: “las bolas americanas” (unas chupetas redondas), que a las damas caraqueñas le dio por llevarse a la boca a cada hora y momento. El autor refiere además otro hecho que ocurría a menudo en un cine de la capital, donde las espectadoras se exponían a ciertos abusos que iban desde “el taquillero que no pierde la ocasión de acariciar una blanca mano cuando vende la localidad, hasta el vecino de asiento que procura propasarse”.

Es muy posible que la columna haya tenido un palpable éxito inicial entre los lectores, porque “Boladas” se convertirá en una sección fija del semanario sabatino. En el N° 5 del 25 de septiembre de 1926, una semana después, aparece de nuevo la columna con un comentario sobre la forma como el cine comercial norteamericano estereotipaba a los extranjeros, y daba como ejemplo el caso de España, siempre presentada como rústica y rural.

En el N° 6 enumera a algunas poetisas del exterior y se burla de aquellos a quienes esos poemas de vanguardia sonrojaban en Venezuela. Ya el 9 de octubre de 1926 lanza en su “Boladas” una consigna: “Abajo la etiqueta”, en la cual atacaba a quienes se escandalizaron por una medida oficial que disponía que se podía entrar en el Teatro Municipal sin frac. Aquellos que se oponían sostenían que el frac era el “traje decente” para ir a los eventos del teatro, a lo cual respondía: “No permito que se le diga indecente a mi flux de casimir azul. Es mortificante que uno no sea decente mientras no se sumerja en la incomodidad de una pechera dura... prefiero mil veces la camisa blanda”, y en el N° 14 del 27 de noviembre de ese mismo año arremete contra el uso del paraguas. Se trata, pues, de un columnista que estaba a caballo de la realidad inmediata, para “sacarle punta” y provocar no sólo la reflexión crítica sino la sonrisa.

Volviendo al 9 de octubre, en ese mismo número firma como Miguel Otero Silva, junto a Coll Reyna, un relato corto, titulado “Debilidad”, calificado como “cuento futurista”, que anticipaba el ambiente de la Caracas de 1958, donde se habría producido un drástico cambio entre los hombres y las mujeres, correspondiendo el rol fuerte a estas últimas. En el N° 11, del 6 de noviembre, aparece un cuento corto titulado “Fortaleza”, al cual califica como “cuento pretérito” y trata sobre las vicisitudes del joven faraón Tutankamón. El 30 de noviembre de 1926 insiste con otro relato corto, “Desdoblamiento”, y lo firma como Miguel Otero Silva.

Pero es el 24 de diciembre de 1926 cuando pone de relieve su perfil de joven rebelde al publicar “El arbolito de Navidad”, *cuento pascual*,

según advierte de entrada, en el cual no sólo alza su voz y su palabra contra “la tiranía” de la dirección del semanario, que le impone al periodista un tema específico según la ocasión (carnaval y alegría, Semana Santa con recogimiento espiritual), con lo cual se le estaría cercenando al escritor su libertad de escribir en agosto, por ejemplo, sobre la Navidad.

Se puede decir que entre 1927 y comienzos del 28 se cierra un primer ciclo de tanteos y aproximaciones, de aprendizaje de recursos y de prueba pública para vencer esa timidez propia del escritor que el joven Miguel va descubriendo, en esa experiencia de saberse leído por otros. Vale la pena, llegado a este punto, citar al poeta José Ramón Medina, quien con mayor ahínco y perfección supo recoger y comentar en *Poesía hasta 1966*, todos esos momentos fundamentales en esta etapa de su obra.

Por ejemplo, sobre lo escrito entre 1924 y 1929, Medina apunta lo siguiente: “estos primeros poemas tienen la virtud de revelar la naturaleza de un verdadero espíritu creador. Palpita en ellos el germen de la obra toda que luego, al andar de los años, tomará cuerpo en la más estupenda labor de una vida dedicada –por encima de todo– a la actividad literaria”.

Si a la acertada visión le agregamos que en esa misma etapa no sólo incursionó en la poesía sino también en el periodismo y la narrativa, entonces nos damos cuenta de lo fundamental que llegó a ser este período de su vida. De hecho, todo lo que vendrá después, tanto en lo político como en la literatura y el periodismo, tiene su fundamento principal en la forma en que MOS llegó a unirse e interactuar con el ambiente cultural caraqueño.



Miguel Otero Silva con algunos compañeros de generación.

La Universidad **y la política**

Varios acontecimientos concurren entre el mes de marzo de 1927 y febrero de 1928 que son fundamentales en la vida de Miguel Otero Silva: el primero de ellos, y el más decisivo, es la reunión de estudiantes que se produce en Caracas en las primeras horas de la tarde del 16 de marzo de 1927. En ese momento, unos cuatrocientos escogen, en el Teatro Ayacucho, ubicado entre las esquinas de Bolsa a Padre Sierra, a lo que sería la más histórica de las directivas de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV). Dos meses más tarde, se instala oficialmente el Consejo Supremo de esa federación en la sede de la Academia de Bellas Artes.

La directiva es presidida por Jacinto Fombona Pachano y cuenta entre sus integrantes a Elías Benarroch, Virgilio Penso, Raúl Leoni, Isaac J. Pardo, Miguel Otero Silva, Enrique García Maldonado, entre otros. En la escogencia de esta directiva se comienza a sembrar lo que será la base y motor de la “Semana del Estudiante”, que en febrero de 1928 va a abrir una inmensa brecha política, única y singular, en la historia moderna de Venezuela, porque recorrerá incesantemente la totalidad del resto del siglo XX.

Los pormenores de la “Semana del Estudiante” son suficientemente conocidos por los venezolanos, y las rotundas consecuencias de aquellos actos organizados por la FEV con motivo de las fiestas del carnaval marcan aún, en sus ecos y referencias, nuestra vida de hoy. Para nuestro personaje iba a ser, más allá de lo que él mismo hubiera imaginado, un punto de inflexión no sólo para su carrera como estudiante de ingeniería (a la que no volverá jamás), o su vida familiar a la que renunciará por muchos años, sino para su visión de la vida y del mundo.

La ruptura con el pasado es total, al extremo de que entre el joven introvertido y callado que recuerda Uslar Pietri en el colegio San José de Los Teques y éste otro que se multiplica en las actividades de los estudiantes revoltosos de la FEV, no hay punto alguno de coincidencia. Ahora se trata de un militante que escribe y satiriza a las autoridades universitarias, y que además es capaz de asumir posiciones radicales ante la férrea dictadura de Juan Vicente Gómez.

La “Semana del Estudiante”, tal como la relata meses después él mismo, junto a Rómulo Betancourt *En las huellas de la pezuña*, se desarrolló como sigue:

El 6 de febrero, muy de mañana, cuando aun estaba amanecido de brumas, por los lados del Ávila, el limpio cielo de Caracas, se inició el desfile de la parvada estudiantil desde la vieja Casona universitaria hasta el Panteón Nacional... Allí ante las cenizas del Libertador, el estudiante Jóvito Villalba dijo con voz firme, clara, enérgica, una oración invocatoria...reclamando del paladín de la gesta de ayer que nos infundiera algo de su virtualidad, algo de sí mismo, para la reconstrucción de su labor desecha; suplicándole su incorporación a nuestra cruzada... Finalizado el acto el grupo estudiantil precedido de la Reina y su corte de honor y acompañado de gran parte del pueblo, acudió a la casa donde nació Andrés Bello... se depositó una ofrenda floral ante la puerta de la casona solariega... Hacia la plaza de la Pastora donde una estatuilla ruinososa de José Félix Ribas armoniza con el pavimento y los árboles ruinosos aun, marchó luego la fervorosa peregrinación... Habló Joaquín Gabaldón Márquez.... En la noche de ese mismo día se realizó en el Teatro Municipal el acto de coronación de la reina Beatriz... Pío Tamayo salió a escena... su poema sencillo y hondo hablaba de la novia que fue raptada un día cual-

quiera... la amada que añoraba el poeta era la misma inaccesible Dulcinea de los idealistas de todos los tiempos: la libertad...

Luego de los graves acontecimientos que suceden a la protesta estudiantil, que ya había generado el castigo de prisión para varios de sus principales líderes, entre ellos Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt y Guillermo Prince Lara, los jóvenes estudiantes deciden entregarse por propia voluntad a las autoridades para acompañar en ese camino de desgracias a sus dirigentes. Miguel Otero está entre ellos y es enviado con el grupo de revoltosos al Castillo Libertador de Puerto Cabello. Luego de doce días es puesto en libertad junto con el resto de sus compañeros. En el castillo, para distraerse del tedio del encierro, los estudiantes improvisan por las tardes “interesantes vespertinas teatrales”. Y en las noches, a las 9 p.m., cuando:

...se oía el pito del centinela imponiendo silencio... íbamos a oír las “coplas del estudiante preso”, escritas en colaboración por Miguel Otero e Israel Peña, y a las cuales había adaptado Elías Toro la música lánguida, melancólica, de un bambuco colombiano. Casi todas las estrofas encerraban una añoranza de la Amada, la eterna Dulcinea que alienta y embellece las nobles empresas:

*Siento una tristeza honda
como nunca la sentí:
Estoy pensando en la novia
que está rezando por mí...*

En algunos se hacía una jactanciosa profesión de fe:

*Con alegría o con dolor,
cantar, cantar y cantar;
de día cantamos nosotros
y de noche canta el mar.*

En sólo una, la última se condensaba la protesta de nuestra juventud –anhelosa de espacio libre, de aire, de vida–, contra aquel cerco tiránico de muros:

*Y la paloma tan libre
que volando pasa y pasa
cual si la hubieran mandado
para que nos torturara!
(En las huellas de la pezuña)*

Cuarenta y un años después, esos hechos siguen prendidos en su vida, al extremo de recordarlos nítidamente cuando le hace la ya comentada entrevista para *El Nacional* a su primo, Raúl Leoni, Presidente de la República, a punto de abandonar el poder en marzo de 1969. Véase en estos párrafos no sólo la fidelidad de los recuerdos sino la admiración que siente por su pariente, con quien difiere radicalmente en su posición ideológica y militancia política:

Promedia febrero de 1928. Una inusitada asamblea de la Federación de Estudiantes de Venezuela tiene lugar en un patio del Castillo Libertador de Puerto Cabello, de espaldas las fauces de los calabozos y las bayonetas de los guardias. Ya ha sucedido la Semana del Estudiante, ya hemos pronunciado los discursos subversivos y hemos leído los versos de protesta. Ahora se nos ha encerrado en esta mazmorra (...) El dictador nos envía un proyecto de carta que debe ser firmada a cambio de nuestra libertad. Nuestro presidente, el estudiante de Derecho, Raúl Leoni, nos ha convocado a sesión extraordinaria previa autorización de los carceleros (...) “los que estén de acuerdo con firmar esta carta que se pongan de pie” vibra la voz del presidente. Los 213 estudiantes presos permanecen sentados, sin un ademán. “Rechazada por unanimidad”, concluye pausado y satisfecho el presidente....

A través de este testimonio, y de tantos otros que se han dado a la publicidad a lo largo de los años, queda revelada la pureza de un movimiento juvenil que no podía ni quería ir más allá, y que cuando lo intentó hacer sucumbió frente a las salidas violentas, condenadas de

antemano al fracaso, que propiciaban los viejos caudillos. En una entrevista que le hiciera Efraín Subero con motivo de sus setenta años, Otero Silva confiesa que la generación del 28 “no es, en un estricto análisis, sino la actitud de tres o cuatro centenares de hombres, estudiantes universitarios en su mayoría, que se enfrentaron a una dictadura caudillista y semifeudal”. Y más adelante agrega de manera lapidaria: “la verdad es que la cohesión del 28 sólo duró los siete días de la Semana del Estudiante y los varios meses de las prisiones subsiguientes. Luego nos desparramamos por los más diversos caminos y las profundas divergencias que entre nosotros surgieron y se desarrollaron más tarde, constituyen una prueba más de que el término ‘generación’ para clasificar a los hombres no vale un comino”.

Aún así, los acontecimientos del año 1928 iban a marcar y cambiar para siempre la vida del joven estudiante llegado tiempo atrás de Barcelona. En Caracas ha madurado y ya se le reconoce como poeta, humorista y colaborador asiduo de la prensa semanal. De ahora en adelante conocerán también de sus actividades como militante y agitador revolucionario, de su coraje y valentía en los momentos en que debió defender su ideario político, no sólo en Venezuela sino en América Latina, Estados Unidos y buena parte de Europa.

El 7 de abril de 1928, al poco tiempo de ser puestos en libertad, los estudiantes participan de una conjura militar en Caracas en la que también aparecen involucrados algunos jóvenes oficiales y cadetes del Ejército venezolano, entre quienes se hallaba Eleazar López Volkmar, hijo del general Eleazar López Contreras, quien era oficial de amplia confianza para el dictador Juan Vicente Gómez. Entre los civiles complotados está Miguel Otero Silva, quien junto a otros jóvenes estudiantes aguardaba en las cercanías del Cuartel San Carlos para incorporarse a las acciones. Por desgracia, se descubre la conjura y deben dispersarse. La versión oficial sobre este hecho aparece recogida en las páginas de *El Nuevo Diario* el día 9 de abril: “En la madrugada del 7 de abril –dice– el capitán Rafael Alvarado Franco, del regimiento de artillería Nº 1, valiéndose del subteniente Rafael Antonio Barrios, del ba-

tallón acuartelado en Miraflores, en la capital de la República, hizo sublevar dicho batallón asesinando los alzados al capitán Juan González e hiriendo gravemente al coronel Aníbal García, quien falleció poco después”.

La información continuaba precisando que los insurrectos “marcharon seguidamente hacia el Cuartel San Carlos, depósito de un cuantioso parque del que contaban apoderarse mediante la complicidad del subteniente Agustín Fernández, jefe a esa hora de la Guardia de Prevención del mismo”. Pero –continúa el comunicado– se les adelantó el general Eleazar López Contreras, quien arrestó a Fernández y logró recibir a balazos a los sublevados, quedando prisioneros el capitán Alvarado y los subtenientes Faustino Valero y Leonardo Lefmann.

La misma información destaca por último que, según la declaración del propio Alvarado, “Juan José Palacios, estudiante, le ofreció toda la cooperación de la Federación de Estudiantes de Venezuela que decía representar”.

Se señalaba además la participación de otros civiles: Manuel Segovia, quien resultó muerto, Jesús Mirailles, Fidel Rotondaro, Germán Tortosa, Francisco Rivas Lazo (sic), estudiantes; Antonio Arráiz, escritor, Carlos Rovati, empleado público y Julio Naranjo y Francisco Betancourt, empleados de comercio” (citado por Manuel Caballero en *Rómulo Betancourt, político de nación*).

Con esta acción se cierra una crítica etapa nacional que, sin embargo, va a continuarse no sólo en el exterior por la vía de las invasiones armadas y las actividades organizativas y propagandísticas de los grupos de exiliados, en las que nuestro personaje va a jugar un papel principalísimo, sino que va a prolongarse a través de una novela fundamental que corre bajo su autoría: *Fiebre*, que recoge la primera y breve gesta civil de la juventud venezolana del siglo XX, su rebelión y su martirio.

Los caminos **externos**

El fracaso tanto de la rebelión de los estudiantes como de los jóvenes militares iba a producir una desbandada en el movimiento de resistencia a la dictadura gomecista. Hasta cierto punto ello era absolutamente necesario en la misma medida en que la madurez política y la exigencia de meditar un moderno proyecto de cambio no podía ser pospuesto por más tiempo. Sin embargo, la ausencia real de partidos políticos que permitieran un debate encauzado, no a darle punto final a la dictadura pero sí a proyectar un país nuevo, totalmente diferente al pasado, y que se correspondiera con el siglo XX, convertía este inevitable camino a la modernidad en un calvario infinito.

Rápidamente Miguel Otero Silva comprende que resulta necesario abandonar el país, no sólo porque al ser descubierta la mayoría de las ramificaciones de la conspiración resultaba imposible continuar la resistencia desde adentro, sino porque también era prioritario definir nuevas formas de lucha. Como resultaba lógico, su primer destino fue la isla de Trinidad, según algunos testimonios recogidos posteriormente. Pero es Rómulo Betancourt, en una carta que le envía a José Rafael Pocatererra, quien confirma que ha llegado a Curazao procedente de Trinidad.

En efecto, en esa misiva fechada el 8 de enero de 1929, Betancourt le revela a Pocaterra: “Aquí estamos casi todos los de la FEV, últimamente llegaron Leoni y Miguel Otero, el primero de Barranquilla y el segundo de Trinidad, a nuestro lado esperarán la hora definitiva” (en *Pensamiento Político Venezolano del siglo XX*, Tomo 12). Esto confirma además que hubo de arribar a la isla curazoleña un tanto antes de fines del año 1928, y también permite fechar el inicio de un largo periplo internacional que no va a cesar, por lo menos, durante una década, en el cual recorrerá parte de América Latina, Estados Unidos y Europa, con cortos e inestables regresos a Venezuela.

Pero si bien Curazao puede parecer una pequeña cuota en ese largo periplo de exilio, significará en realidad una etapa fundamental en cuanto al hecho de encontrarse con sus propios retos y asumir nuevos y radicales valores para su vida política y personal. El Miguel Otero Silva que llega a Curazao no es capaz todavía de intuir que cualquier victoria sobre el régimen de Juan Vicente Gómez sólo podía conquistarse si se era capaz de enfrentar simultáneamente las dos caras del gomecismo: su expresión real en el poder y su contrapartida en la oposición conducida por los caudillos.

Será un tránsito político que sólo la práctica, los fracasos militares y la puesta en juego de su propia vida le pondrán un sello ideológico que no abandonará jamás. En Curazao desarrollará una actividad centrada en su vuelta a Venezuela y que, al viejo estilo de los veteranos del gomecismo, sólo puede concretarse mediante una invasión. En el lapso de los preparativos se multiplican las discusiones, los encuentros y las divergencias, pero en todo caso no cesa la voluntad de lucha, manifestada en una profusa correspondencia y colaboraciones con periódicos de tierra firme.

Según el testimonio de Cecilia Pimentel en su libro *Bajo la tiranía* (1919-1935), en 1928 circuló un periódico clandestino, *El Imparcial*, donde Andrés Eloy Blanco tuvo la autoría de algunos de sus editoriales antes de ser encarcelado. Otero Silva, desde Curazao, también ha-

bría colaborado con ese periódico al redactar uno de sus más encendidos editoriales que llevaba por título “Nido de Águilas”.

Para el grupo de exiliados en Curazao la situación se complica en extremo al ser asesinado en la isla un activista muy querido de la lucha antigomecista, el cumanés Hilario Montenegro, figura emblemática para los jóvenes universitarios. En el acto de su sepelio, a nuestro personaje le correspondió pronunciar el discurso:

Es mucho más que asesinato y crimen lo que se ha cometido. Es mucho más: sacrilegio, monstruosidad. El puñal por la espalda, derramando esa sangre que guardaba gustoso para ofrendarla sobre nuestra tierra reseca que tanta sangre necesita para florecer.

En muchos casos de asesinato cometeríamos un error y una injusticia cargando al criminal, entendiendo por criminal el que maneja el arma, con el peso total de nuestro desprecio y nuestro horror. El criminal es casi siempre un ejemplar zoológico, forma humana con la bestia repletándole el pecho, instrumento ciego de otro que piensa y premedita. Todos vemos proyectada en la sombra purpúrea de este crimen, una mano lejana que lo ejecuta; una mano ya experta en la función monstruosa de talar vidas; una mano que arroja una culpa más sobre el alma teñida de su dueño, repleta hasta los bordes de culpas y crímenes (En Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, Tomo 12).

Los ánimos de los exiliados venezolanos están en su punto máximo y, desde luego, se canalizan hacia un acto que más que todo conlleva una profunda carga simbólica hacia el interior de Venezuela: al atardecer del 8 de junio de 1929 se lleva a efecto el asalto al Fuerte Amsterdam en Curazao, pero por desgracia quien está al frente de los combatientes (una centena de jóvenes y trabajadores venezolanos que laboraban en las refinerías petroleras) es Rafael Simón Urbina, un caudillo rudimentario anclado en el pasado. Miguel Otero apenas cuenta con veintiún años, y junto a Gustavo Machado aparece entre quienes se citan a la toma del fuerte. Se trata en el fondo de un acto que reclama, más que una victoria militar, una validez histórica y un significado anti imperialista que no ha sido juzgado en toda su dimensión,

incluso a escala latinoamericana. Sobre esta acción apunta Manuel Caballero que:

La idea era atacar esa isla poco guarnecida y muy vecina de Venezuela, tomar algún armamento de las autoridades coloniales, reclutar soldados en las refinerías y desde allí invadir a Venezuela por Falcón. Esta novedad definió el movimiento, dándole una importancia histórica que de otra manera no hubiese tenido. Atacar a Curazao, una colonia holandesa, era convertir la intentona en un problema internacional, era también atacar la niña de los ojos del capitalismo petrolero”(Manuel Caballero, Gómez el tirano liberal).

Luego, los rebeldes cruzan el mar y desembarcan en las costas de Falcón, siempre a la caza de la fortuna, como si la ruleta a la que jugó una vez Cipriano Castro en el Táchira pudiera repetirse. Pero nada revolucionario ni modernizante podía esperarse de un acto armado en el cual predominaba el ruralismo ideológico, tan idéntico al del dictador que estaba en el poder.

Los jóvenes revolucionarios, con Miguel Otero Silva en sus filas, se incorporan a esta aventura armada de caudillos porque la presión política y social en Venezuela, la represión y el hambre, la necesidad de cambio y la exigencia de crear una esperanza así se los imponía. Pero al poco tiempo de tomar el camino de la invasión a Venezuela, cuando tocan las costas de Falcón, la realidad rural de la Venezuela de la época los derrota. No son los soldados analfabetas, ni los jefes militares del gomecismo quienes matan, capturan o ponen en fuga a los invasores: es la historia que quiere cerrar un capítulo de caudillos y montoneras.

No otra cosa ocurrió con el general Román Delgado Chalbaud y la desastrosa expedición del *Falke*, que desembarcó en Cumaná dejando un rastro de sangre y frustración entre los mismos jóvenes de la protesta del año 28.

Fracaso y exilio

Con la derrota de la invasión del general Urbina a Venezuela por las costas de Falcón, y con el fiasco doloroso del *Falke* en Cumaná por esa misma época, se cierra el ciclo de la grandilocuencia de la casta agraria y militar, que colocaba el acento de los cambios políticos en el arrojo personal y las acciones de comando y batalla. Se trataba de un gastado chantaje que iba a recibir una primera respuesta en un escrito que hubieron de redactar precisamente en los días previos a la invasión, Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva: *En las huellas de la pezuña* (Santo Domingo, 1929). Se trata de un folleto al cual se le ha encasillado en términos de una defensa ante las acusaciones de “comunistas” que les formulaba el régimen de Juan Vicente Gómez a los jóvenes universitarios que se habían rebelado parcialmente durante la Semana del Estudiante, apenas un año antes.

En su defensa, los dos autores rechazaban el carácter comunista del movimiento y exponían que la esencia de su protesta era profundamente “anti-dictatorial”. Pero más allá de esta definición, que era hasta cierto punto lógica y natural tratándose de jóvenes activistas como Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, está la de asumir y declarar como un objetivo básico de su práctica política el hecho de luchar.

*por una democracia decente, distinta de esta democracia de ultranza de hoy, donde actúa como elemento dirigente el individuo más “guapo”, el más hábil en el manejo de la macana, y no el más capacitado ética e intelectualmente para esa función... luchamos para que elementos civiles sustituyan en el manejo de la cosa pública a los sargentones analfabetas que han venido monopolizando la política y la administración, luchamos porque hombres nuevos, sin cuentas insolventes con la justicia histórica asuman papel dirigente, luchamos en síntesis, por la conquista de un estado social equilibrado y armónico propicio al libre desenvolvimiento de las aspiraciones colectivas (Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, *En las huellas de la pezuña*).*

Se trata de un texto político que no sólo iba a satisfacer las interrogantes de los venezolanos de la época, ya proclives a la resistencia contra la dictadura, sino que setenta años después sigue conservando a plenitud su vigencia.

Si bien diversos testimonios indican que los dos jóvenes exiliados se reunieron en Curazao para trabajar el texto durante largas jornadas, el escritor y periodista Jesús Sanoja Hernández ha señalado que Otero Silva solamente escribió la parte correspondiente a la Semana del Estudiante y que del resto del texto se encargó Rómulo Betancourt. Sea lo que fuere, *En las Huellas de la Pezuña* es un texto que merece ser reivindicado a la luz de las experiencias y de los retos que hoy tenemos ante nosotros.

Tanto Miguel Otero Silva como Rómulo Betancourt no sólo emprenderán rutas diferentes de exilio, sino que comenzarán a repensar el país en términos sustancialmente divergentes. Nuestro personaje sobrevive al desastre militar de la invasión lanzada desde Curazao y decide encaminar sus pasos hacia Europa. Allí se reunirá con un grupo de jóvenes compañeros con los cuales no sólo ha compartido los riesgos frente a la dictadura sino también las aventuras de la literatura, del humorismo y, en fin, de la vida.

Ya en 1930 se encuentra en París, como lo recuerda Alfredo Boulton, quien dice que “llevaba todavía la boina de nuestros rebeldes estudiantes y sobre el pecho lucía una bella corbata roja”. En realidad, Francia

no fue en ese momento lo suficientemente acogedora con él como luego lo sería años después, especialmente París, donde volvió año tras año hasta su muerte. Pero en aquellos momentos de los años 30, la presencia de los jóvenes latinoamericanos no era ni acogida ni bien vista.

Lo cierto es que, como ha sido citado en numerosas oportunidades, Miguel Otero confesó que en París fue recibido frontalmente por “el histerismo patrioter de los franceses de aquella época: lo insultaban a uno en la calle si se atrevía a hablar en voz alta otro idioma que no fuera el francés; lo llamaban a uno *sale méteque* si osaba opinar sobre cualquier tema; lo asaltaban a uno en gavilla si se enredaba a golpes con un *garçón*; hasta para enamorarse de una francesa era preciso presentar los papeles de identidad, *vous papiers, imonsieur!*”.

Más allá de estas incomodidades, sorteadas entre rabias y sonrisas, el grupo de venezolanos no sólo resolvió abandonar París de inmediato sino entresacar al azar su próximo destino: sea cual fuese, tomarían el primer tren que partiera de la *Gare* de Lyon. Al llegar al terminal los esperaba, con disciplina y decisión catalana, un tren cuyo destino era Barcelona.

No pudo haberse aparecido, ni en sueños, ante él un destino que no sólo lo envolviera en un sinnúmero de oportunidades políticas y culturales, sino que lo colocara en el centro de lo que eran todas las variantes de las practicas revolucionarias de la época. En Cataluña brotaban y se sucedían en cascadas las discusiones teóricas, las controversias partidistas y organizativas, y no cesaba la palabra que buscaba la verdad de la acción insurgente contra el viejo orden.

Los testimonios de los venezolanos que estuvieron allí coinciden en que, en grupo, fueron a matricularse a la universidad de Barcelona, menos Otero Silva, quien “para esos tiempos era un agitador revolucionario más que ninguna otra cosa”. Tal comportamiento, de un individualismo sorprendente e inusual, porque los jóvenes exiliados se mantenían unidos contra viento y marea, lo explicó él mismo, años después, de esta manera:

Preferí ponerme en contacto con los sindicatos obreros y las asociaciones marxistas, anochecer discutiendo con los anarquistas bajo las arcadas de la Plaza Real que ellos llamaban Plaza Roja, amanecer teorizando sobre política en los bares del Paralelo, incluso llegué a hablar en un mitin donde el orador principal era Dolores Ibarruri. Esto último sucedió en Lérida y ya “La Pasionaria” no se acuerda de aquel suceso, no puede acordarse, pero yo sí. No lo olvido particularmente porque a los pocos días hicieron preso al extranjero que a tales impertinencias se atrevía, y una pareja de guardias civiles me llevó esposado hasta la frontera. En descargo de los catalanes debo aclarar que la pareja de guardias civiles era murciana y que la orden de encarcelamiento y deportación vino directamente de Madrid.

De París a Trinidad

“Salí de España por donde entré: por Perpignan, esa tranquila ciudad de frontera que luego, con la guerra civil española, se iba a convertir en una dura etapa para quienes marchaban al exilio luego de la derrota de las fuerzas republicanas”. Atrás dejaba uno de los años que más marcaron su vida para siempre, y que no cesó de recordar en mil y una formas, ya fuera luego por su militancia al lado de la República como encendido propagandista, o como recaudador de apoyos y defensor de los exiliados cuando la suerte de las armas se tornara adversa, o como denunciante permanente de los abusos del franquismo, cuando éste terminara enseñoreándose sobre España.

Todo esto nace de ese año de 1930 cuando llega a Cataluña y, como bien recuerda, “era un agitador revolucionario más que ninguna otra cosa. Preferí ponerme en contacto con los sindicatos obreros y las asociaciones marxistas, anochecer discutiendo con los anarquistas bajo las arcadas de la Plaza Real (...) amanecer teorizando sobre política en los bares del Paralelo”.

Resulta inevitable conjeturar que fue en estos meses de intenso interés teórico y de su posterior participación en el mitin de Lérida, con Dolores Ibarruri, “La Pasionaria”, cuando se consolida su pensamien-

to marxista y revolucionario. Décadas más tarde, cuando le toca entrevistar a su primo Raúl Leoni Otero, Presidente de la República en tránsito de dejar el cargo, éste último le recuerda que “la mayor parte de mis compañeros del 28 que se inclinaron abiertamente hacia el comunismo fueron aquellos que se trasladaron a Europa. Rusia, y su estrella roja gravitaba categóricamente sobre el proceso político y social de los países europeos”. Agrega, finalmente, que quienes se quedaron en el área del Caribe no perdieron nunca “la visual latinoamericana”.

No deja de ser cierta esta apreciación de Leoni, aunque debe aceptarse con algunas reservas. Es verdad que en Francia Miguel Otero llega a carnetizarse en el Partido Comunista francés pero, al igual que él, decenas de luchadores de Asia y de América Latina se inscriben y militan dentro de una corriente ideológica que propugnaba internacionalmente como programa de lucha para estos países dar al traste con el orden democrático-burgués. Tal era lo natural y lógico en un mundo donde privaban abrumadoramente el colonialismo y las dictaduras.

Pero además este primer exilio (1930-35) tiene un lapso europeo muy restringido: de hecho, entre su primera pasantía por París, sus doce meses en Cataluña y su regreso a Francia, incluido un corto tiempo en Bélgica, apenas pueden contabilizarse poco más de dos años. Son en verdad meses de una importancia capital, pero por muchas otras razones, no sólo debido a la política.

En este último aspecto va a tener, probablemente, mucho más alcance y profundidad su exilio en Trinidad, sobre lo cual conocemos muy poco. En una carta fechada en Nueva York en 1937, le dice a su corresponsal en Caracas que “la espada de Damocles que yo tengo pendiente siempre sobre mi cabeza es la tentación de Trinidad. Me dicen que Jov. (Jóvito Villalba, muy posiblemente) dice a todo el mundo que va a escribir una biografía mía con un tema central: ‘Cómo un hombre más o menos culto, en pleno siglo XX y mientras la humanidad vivía sus mejores jornadas, pasó 4 años de su vida en Trinidad’...”.

De estos particulares años de exilio, lo que está documentado es que en abril de 1931 reside en París, desde donde le escribe a Rómulo Be-

tancourt y le hace una serie de observaciones sobre el Plan de Barranquilla: “Objetivamente el programa es pobrísimo. ‘Revisión de los contratos y concesiones celebrados por la nación con el capitalismo nacional extranjero’. Revisión solamente. ‘Nacionalización de las caídas de agua’. De las caídas solamente. No se alude a la expropiación de los grandes terratenientes, ni al derecho a las huelgas. En general, el proletariado no aparece por ninguna parte”.

Y más adelante se afinca con mayor dureza: “Con un programa intermediario, tímido, la labor es contraproducente: Le hacemos el juego a los explotadores. Es esto importantísimo, lo más importante de todo y para desarrollarlo tenemos numerosos ejemplos a la mano, no sólo en Europa, sino en América Latina y hasta en Venezuela (PRV)”. La sola mención de este partido le debe haber producido escozor a Betancourt, porque sus fundadores reunidos en México –Gustavo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos León– ya editaban un periódico abiertamente pro comunista, *Libertad*, además de la revista de la Liga Antimperialista de las Américas.

Lo que vale la pena resaltar es que ya Miguel Otero había establecido algún vínculo con el Partido Revolucionario Venezolano (PRV) y que luego, al llegar a Trinidad, se va a encontrar con Salvador de la Plaza, un relevante activista que venía de recorrer México, Panamá y Colombia, y que muy joven había purgado pena de cárcel en Venezuela.

Sin embargo, su paradero sigue siendo un misterio para sus propios amigos: por ejemplo, Raúl Leoni le escribe desde Barranquilla el 22 de noviembre de 1931 a José Tomás Jiménez Arráiz y le pregunta: “¿Qué es de Miguel Otero Silva? Se me dice que últimamente fue expulsado de Barcelona. ¿A dónde ha ido? Si mantienen correspondencia no dejes de enviármelo un afectuoso saludo” (*Libro Rojo*, 1936).

También desde San José, en Costa Rica, el 3 de mayo de 1932, Rómulo Betancourt, en una misiva dirigida a sus compañeros exiliados en Barranquilla, les relata: “Carlos D’Ascoli desde París, en carta de fecha 4 de abril, me dice: ‘En mi próxima te hablaré en detalle del folleto [se refiere al escrito por Betancourt, titulado *Con quién estamos y contra*

quién estamos]. Fuera de las críticas del sector aludido, ha hecho tu folleto buena impresión. El mismo Miguel (Otero Silva, sin duda) dice que hay párrafos que él firmaría”.

En esa misma comunicación, Betancourt dice: “Tenía razón Miguel –el Miguel de antes de la definición radical– en carta fechada de Barcelona de España, el 27 de septiembre de 1930, refiriéndose a esos lenines de arroz con coco que pasean su ferocidad chequista por entre las modistillas del Quartier Latin: ‘El grupo que se dice comunista, y donde naturalmente traté de introducirme durante mi permanencia en París es –y fue esto lo que más dolor me causó– el más desastroso y pletórico de nulidades...’.”.

Luego, según lo reseña policialmente el *Libro Rojo*, en 1934 ya se encontraba establecido en la isla de Trinidad: “Las autoridades inglesas expulsaron de Trinidad a varios comunistas venezolanos y persiguieron por comunista a Miguel Otero Silva” (*La verdad de las actividades comunistas en Venezuela*). Sin embargo, como podemos comprobar a continuación, en 1935 sigue en esa isla británica, ya que el Comité de Barranquilla le envía con fecha 27 de noviembre una comunicación al “Buró del Caribe en Trinidad”, representado allí por Salvador de la Plaza, Jóvito Villalba y Miguel Otero Silva.

Anteriormente, en una carta de Betancourt desde Costa Rica, fechada el 17 de octubre de 1935 y dirigida a sus compañeros de Barranquilla, lo vuelve a mencionar: “Creo que uno de los muchachos de aquí le escribió a Máximo Yunke, al apartado de ustedes”. El seudónimo, como es de prever, corresponde a MOS. Lo resaltante es que, más allá de lo que sabemos hasta ahora, nuestro biografiado era una constante referencia entre quienes ya sabían suficientemente que se había inclinado por otras opciones políticas más radicales.

Lo cierto es que, de alguna manera, seguía siendo alguien que por haber dado el salto a Europa y haberse involucrado con seriedad y sin publicitarse a sí mismo en acciones ideológicas de envergadura, generaba un respeto y una constante interrogación. Esto lo va a perseguir durante toda la vida, porque nunca quiso prolongarse ni en su lideraz-

go político ni en su acción intelectual por encima de nadie. Y no fue por falta de valor ni de entrega a una causa: siempre apostó a que el tiempo hablara por él.

Desde Trinidad, adonde temía regresar porque había asimilado a la isla tanto en sus limitaciones culturales como en sus hermosos y favorecedores momentos de tranquilidad, donde había escrito y completado su primer poemario que pondría en manos de Salvador de la Plaza para que lo publicase en México, y donde no sólo había aprendido también a jugar al críquet y al bridge como nadie y saborear los aromas hindués de la comida trinitaria, vuelve a Venezuela tras las primeras noticias de la muerte del dictador.

Días de regreso **y** lucha

Si la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, ocurrida el 17 de diciembre de 1935 a las 11 y 45 de la noche, desató pasiones y conspiraciones en una Venezuela que parecía acallada y tímida, otro impacto no menos significativo tuvo en el exterior donde centenares de exiliados venezolanos (algunos, por voluntad propia) se prepararon de inmediato para regresar a su país. Así se lo hicieron saber a sus familiares para que, de alguna manera, los ayudaran a costear los gastos del retorno.

Pero el nuevo jefe del país, el general Eleazar López Contreras, dio órdenes inmediatas para que desde los consulados y embajadas acreditadas en el exterior se hiciera un censo entre quienes deseaban regresar y carecieran de los medios para ello. Entre las venezolanas que residían en Nueva York y trabajaba en un taller de costureras, estaba María Teresa Castillo, quien había emigrado a Estados Unidos para escapar del ambiente político opresivo y machista que se vivía en Caracas.

Su sorpresa fue mayúscula cuando entre el círculo de emigrados de Nueva York le comunicaron que el gobierno de Venezuela estaba dispuesto a costear los gastos del retorno. Así fue, en efecto, y muchos

venezolanos pudieron regresar prontamente a su patria. Más allá de un acto de generosidad, merecido por lo demás, lo que el general López Contreras buscaba era ampliar la base de su gobierno que no peligraba por los antigomecistas sino, al contrario, por quienes desde el gomecismo veían en el nuevo Presidente de la República un serio obstáculo para mantener sus viejos privilegios.

Por su parte, sin esperar ni solicitar ninguna ayuda oficial, Miguel Otero Silva regresa de inmediato a Venezuela, y en 1936 se incorpora a la agitación política para la cual se había preparado con afán y constancia. No otro pensamiento cruza por su mente que el de intentar llevar a la práctica todo cuanto había acumulado en sus viajes y sus interminables discusiones políticas tanto en Europa como en el Caribe. Viene ansioso, no a disfrutar de una libertad democrática que apenas asomaba hipócritamente con inmensas limitaciones, sino a poner a prueba lo que consideraba un modelo de redención de los males de su país.

En el transcurso de esta confrontación de sus ideas con la realidad se entrega a una intensa actividad política y periodística. Pasa de inmediato a hacer militancia en el Partido Republicano Progresista (PRP), cuya orientación no era guiada precisamente por la moderación sino por los cambios radicales y profundos. Ante la opinión pública, el PRP batallaba a través de su órgano central impreso, *El Popular*, cuyo comité de redacción estaba encabezado por Ernesto Silva Tellería y Carlos Irazábal, dos intelectuales y batalladores políticos de reconocido prestigio.

Se trataba de un reto que iba más allá de lo que el periodismo venezolano de la época podía imaginar, luego de décadas de rendir loas y tributar lisonjas ante el general Gómez. En una conmovedora nota que años después escribe para recordar al poeta y periodista Antonio José Calcaño Herrera, fundador de *El Herald* (un diario que se las ingenió para no declinar su dignidad ante la dictadura), Otero Silva recuerda que “el 19 de diciembre de 1935, el pueblo de Caracas se echó a la calle a vengar afrentas. Al igual que los más siniestros esbi-

rros del gomecismo, al igual que los torturadores y los verdugos, fueron anatematizados por la justiciera furia popular los periódicos cómplices. Las multitudes comprendían cabalmente la profunda responsabilidad de los intelectuales en aquella monstruosa tragicomedia de 27 años”. Y luego precisa que, frente a *El Herald*o, “los sancionadores desfilaron en silencio y algún cabecilla dijo simplemente: ‘Este periódico no. Este periódico fue nuestro’” (*El Nacional*, 13 de enero de 1946).

Desde luego que mientras Venezuela se conmovía y despertaba a la democracia, en los espacios del poder establecido no terminaba de consolidarse una fuerza hegemónica, militar y políticamente nueva, con verdadera vocación de poder. De manera que los aires de libertad se anunciaban como transitorios, y la lucidez política consistía en aprovechar al máximo la obligada apertura que el gobierno debía permitir.

Desde las páginas de *El Popular*, Otero Silva analizaba y criticaba no sólo el discurrir político nacional, sino también los aires de conflicto que sacudían al mundo, y en especial la guerra civil que se enseñoreaba en España. Pero no se limitaba en sus colaboraciones: también publicaba en *ORVE*, que estaba dirigido por Inocente Palacios, y que era el órgano oficial de esa organización.

También escribe para las páginas de *Ahora*, cuyo editor era Juan de Guruceaga y el jefe de redacción el poeta Luis Barrios Cruz. En esta publicación mantenía una columna en verso que luego, por muchas razones, se haría legendaria: “Sinfonías Tontas”, que firmaba con el seudónimo de Mickey, y en la cual incursionaba con ánimo de fino y preciso banderillero en los temas de la actualidad política.

Valga por ejemplo el hecho de que a principios de noviembre de 1936, los periódicos se alarman porque el gobierno había presuntamente practicado el decomiso de algunos títulos en ciertas librerías de la capital, entre ellos *Los hermanos Karamasoff*, de Dostoievsky. De inmediato, el 5 de noviembre, publica unos versos a propósito de este hecho, donde ridiculiza la acción de las autoridades, quienes halla-

rían a este peligroso enemigo ruso, en el caso del libro de Dostoievsky, escondido en algún sótano de una librería capitalina.

El poeta José Ramón Medina, quien años después prologó la edición de *Sinfonías Tontas*, en las Ediciones Casa del Escritor, reveló que Miguel Otero Silva se mostraba renuente a publicar en forma de libro lo que fueron “versos dependientes de un cuadro histórico determinado, no hay necesidad de acudir enteramente a su significación limitada para colocar en perspectiva el uso y disfrute de su claridad creadora, pues por encima de la impresión circunstancial que los anima los salva para la apreciación contemporánea la eficacia fundamental que les supo insuflar su autor” (Prólogo a *Sinfonías Tontas*, Ediciones Casa del Escritor, 1961).

La última de estas “Sinfonías Tontas” fue publicada el 2 de febrero de 1937. A partir de esa fecha, el régimen del general López Contreras sintió que ya se había fortalecido lo suficiente y arreció la persecución contra los dirigentes de los partidos de izquierda. Pronto vendrían las detenciones de destacados activistas revolucionarios, y como era no sólo probable sino inevitable, Miguel Otero pasó a la clandestinidad, ya que desde el 14 de marzo de ese año pesaba sobre él (como sobre otros líderes de izquierda) un decreto de expulsión del país.

Entre el despertar **y la clausura**

Pero el año 1936 es un año de triunfo y de desgracias para el movimiento político que conducía en la práctica y en la teoría una nueva horneada de voces y líderes, que ya no provenía precisamente de los grupos y familias que por tradición se habían transmitido de mano en mano el poder. Emerge un relevo, de la mediana y pequeña burguesía, en su mayoría de provincia, que intenta un corte radical con el pasado gomecista y que busca dismantelar la “agrarización” absoluta del país impuesta como una forma de prolongación personal del poder.

El nuevo gobierno encabezado por López Contreras, según Juan Bautista Fuenmayor en *1928-1948. Veinte años de política*, no difería en su composición de manera sustancial del gobierno anterior. Los venezolanos se mostraban ávidos de cambios y esto era percibido por el Presidente de la República, quien en sus frecuentes discursos por la radio predicaba “calma y cordura”. El gobierno tomó medidas para controlar la situación: impuso la censura previa a toda clase de publicaciones periodísticas y radiales. La reacción no se dejó esperar y “arengado por algunos líderes, el pueblo se lanzó a la calle el 14 de febrero, para protestar contra tales medidas dictatoriales, que era el preludio de la vuelta al silencio absoluto... cuando los manifestantes entraron a la Plaza

Bolívar de Caracas, fueron salvajemente ametrallados por las fuerzas gubernamentales desde los balcones de edificios circunvecinos. Hubo algunos muertos y también muchos heridos; pero cuando el gobierno esperaba que las masas ametralladas se retirarían llenas de pavor, se produjeron nuevos hechos de masas”... En la tarde de ese día una manifestación, encabezada por Jóvito Villalba, marchó hasta el Palacio de Miraflores, y una representación de los manifestantes, entre quienes se hallaba el propio Villalba, fue recibida por el presidente López.

El mismo López Contreras, en su libro *Proceso Político Social 1928-1936*, aludiendo a este cambio en la forma de hacer política que experimentaba el país, apuntaba: “Existía durante los primeros meses de mi gobierno un estado de guerra en Venezuela, no precisamente con levantamientos armados, como en épocas pasadas, pero sí por movimientos sociales, mucho más peligrosos, porque no podían ser batidos por las armas”.

Miguel Otero Silva es uno de los que impulsa no sólo un proyecto de modernización política en el país, sino que promueve una nueva alianza social que, en conjunto, hiciera avanzar una sociedad que como la venezolana seguía anclada en el pasado. De allí que en el mes abril de 1936 el Partido Republicano Progresista acordara, junto a ORVE y la UNR, conformar lo que se llamó el Bloque de Abril, que entre sus objetivos inmediatos se planteaba discutir cómo debía ser elegido el Presidente de la República. No era una tarea fácil porque ello obligaba a dar el peligroso paso de enmendar la Constitución Nacional, modificar la normativa electoral y abrirle paso a unas elecciones generales que ampliaran la participación popular, además de crear el cargo de Vicepresidente con otras funciones.

En estas fechas tumultuosas –anota Oscar Guaramato–, Otero Silva “despliega una intensa actividad dentro del movimiento popular”, no sólo como periodista sino “como orador en días y noches en encrespadas concentraciones públicas. Fue uno de los propugnadores del partido único de las izquierdas, afán que ha sido su norte permanente, y de la huelga petrolera, acciones a las cuales respondió López Contre-

ras ilegalizando a los partidos progresistas y expulsando a cuarenta ciudadanos bajo la acusación de comunistas” (*El Nacional*, 26-10-1978).

Sus tareas políticas no distraen sus afanes literarios. Por ejemplo, el 4 de mayo de 1936, se hace partícipe de una “Velada Artístico Literaria” efectuada en una sala de la capital, la “Metro’s Continental”, en un intento por recaudar fondos para su organización, el PRP. Esa noche leyó, entre otros textos, un poema dedicado a su partido.

Ya para inicios del mes de junio del 36, la represión ha individualizado a algunos activistas fundamentales del PRP, como Ernesto Silva Tellería y Rodolfo Quintero, y se procede a detenerlos. De inmediato es allanada la sede del partido en Caracas y el día 17 de junio una medida oficial impide la circulación del periódico *El Popular*. Nada de esto detiene la creciente agitación, y el 11 de julio se lleva a cabo un mitin en el Nuevo Circo donde Otero Silva pronuncia un discurso lacerante en el cual exige la rápida y pronta disolución del Congreso y su sustitución por una Asamblea Constituyente de carácter más popular y representativo.

Una semana después, el 18 de julio, en el periódico *El Popular* que ha vuelto a circular, publica un artículo que titula “Basta de farsa”. Allí insiste en el tema de la disolución del Parlamento:

...este Congreso no ha sido elegido por el pueblo, sino impuesto por la voluntad póstuma de Juan Vicente Gómez. Este Congreso no solamente no garantiza el hilo constitucional sino que representa el “hilo inconstitucional” que nos liga con los vicios del pasado régimen (...) La mentalidad legisladora del actual Congreso está exactamente expresada en la ley de Defensa Social; conglomerado inquisitorial y cavernario que es la legislación de los métodos gomecistas (...) El Congreso ha demostrado ser una rémora para toda intención progresista obstaculizando la labor que el Ejecutivo ha intentado en ese sentido (...) El Ejecutivo para disolver el Congreso y convocar al país a elecciones y salvar la República, para salvar las libertades del pueblo, para salvar las realizaciones progresistas que pretenda intentar y para salvar la legalidad, debe disolver el Congreso y convocar al país a elecciones.

Pero así como vuelca cotidianamente su atención hacia el país, no descuida su inquietud por lo que sucede en Europa, y en especial en su recordada España. El 8 de octubre en *Ahora* decide publicar una “Réplica a Antonio Arráiz”, en respuesta a un artículo de éste sobre la guerra española, en el cual el autor se mostraba muy pesimista sobre el destino de los ejércitos de la República, condenados a ser aplastados por el poderío de sus enemigos. De inmediato, MOS le reclama su desconocimiento del pueblo español, de la “resolución” de lucha de los republicanos, que él pudo constatar ya que, a diferencia de Arráiz, sí vivió en España.

El 19 de noviembre da a conocer en *Ahora* un artículo fundamental, rotundo en sus definiciones para la práctica política inmediata, que titula con toda justeza: “Venezuela está en una encrucijada de su vida”. Allí aborda sin ambages lo que en verdad significaban las trabas que el gobierno de López Contreras estaba colocando para impedir la libertad de tránsito de ciertos líderes de la oposición, como Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt, y que no era otra cosa que el preludio de una rotunda ola represiva que estaba por llegar.

Por ello exigía a los representantes del gobierno definirse entre las dos opciones que el país encaraba: democracia o tiranía. No se queda allí y alerta con visión aguda y certera: “Las fuerzas de la tiranía avanzan. El pueblo sabrá defenderse. Somos un proceso. No somos democracia, pero tampoco somos tiranía. Pero, tarde o temprano, habremos de ser una de las dos cosas. No caben ambos inquilinos en la misma casa. Conquistaremos las elecciones generales o conquistaremos los grillos”.

Por encima de todas las trabas y amenazas policiales, el 28 de noviembre *El Popular*, el periódico bajo su jefatura, denunciaba que “extensas listas en poder de los cancerberos de las alcabalas, transmitidas por el Ministro de Relaciones Interiores, el gran demócrata Regulo Olivares, impiden a decenas de venezolanos traspasar los límites de este distrito”. Y luego, el 12 de diciembre, *El Popular* publicaba un extenso artículo contra “Las infamias de Urbina, chácharo de 1928”,

donde refuta algunas de las acusaciones que Rafael Simón Urbina le hacía a él y otros estudiantes que participaron en el asalto al fuerte de Curazao y posterior desembarco en la Vela de Coro.

Simultáneamente aparece en ese mismo diario un documento titulado “La posición de las organizaciones democráticas ante el comunismo”, mediante el cual las organizaciones ORVE y PRP se defendían de las acusaciones de comunistas que se les endilgaba desde los periódicos de derecha como *La Esfera*. Suscribe el documento por el PRP, entre otros, Miguel Otero Silva.

Ya para culminar ese azaroso año y, en muchos aspectos, definitivo para Venezuela, el 19 de diciembre de 1936 Otero Silva da a conocer un artículo donde reflexiona sobre el papel de las Fuerzas Armadas dentro de un régimen democrático moderno. Lo que escribe en ese momento, titulado “El ejército y la salvaguarda de la ley y de los derechos ciudadanos”, no sólo define una cuestión coyuntural de la historia de nuestro país, sino que hoy, tantos años después, continúa teniendo plena vigencia con las interpolaciones del caso.

Ese artículo expone que “ante la tendenciosa campaña de las derechas gomecistas tratando de hacer aparecer a las izquierdas venezolanas como enemigas del Ejército debemos responder nosotros (...) y explicar claramente cómo solamente bajo un régimen democrático, respetuoso de la ley y de las libertades públicas, puede el Ejército adquirir su verdadera faz de cuerpo organizado y consciente, civilizado y culto. En las manos del Ejército está la custodia de la legalidad y de la nacionalidad y de allí que las izquierdas están más interesadas que nadie en que el Ejército sea, por encima de todo, una organización del alto designio que le ha sido confiado”.

De la tierra **y la poesía**

Luego del 13 de marzo de 1937, cuando el gobierno de López Contreras decreta la expulsión de cuarenta y siete dirigentes de la izquierda venezolana, se cierra la primavera política del post-gomecismo. Se inicia así un periodo de reflexión, discusión y análisis sobre el país que se deja atrás, lo que no sólo permitirá posteriormente repensar la práctica política y afinar los proyectos alternos de gobierno a proponer al regreso, sino diseñar los mecanismos para sustituir aquello que sobrevive del antiguo régimen.

Al expulsar a los principales dirigentes, López Contreras no hace sino identificarlos ante el público como la generación civil de relevo, aquella a la cual le corresponde enterrar lo que él, por pudor histórico, no se atreve ni puede hacer sin traicionar las bases de su propio poder. Pero con ello siembra también el golpe cívico militar de 1945, al trazar una línea divisoria al interior del Ejército y de los nuevos partidos que van a crearse.

Sin embargo, los venezolanos que son aventados arbitrariamente al exterior no sólo son agitadores y activistas probados en la batalla diaria, sino también intelectuales de talla que, como Miguel Otero Silva, van a desarrollar una intensa labor literaria y propagandística, ya sea

en conferencias, mítines, colaboraciones en la prensa escrita y en la edición de poemarios y novelas.

Indicio de ello es que manos amigas le editan en México *Agua y Cauce*. En noviembre de 1937, Luis F. Walpole en el *Diario Miramar* de Panamá, reseña este trabajo editado “bajo el cuidado” de Salvador de la Plaza. Walpole no escatima elogios al poeta, a quien equipara con los más grandes de su tiempo, Neruda y Alberti:

Hace varios años, cuando la mitad de los venezolanos vivían en el exilio huyendo a los desmanes del extinto tirano, las páginas de varios periódicos latinoamericanos conocieron los primeros poemas de Miguel Otero Silva. Era por esos días que el engelismo poético imperaba sobre los meridianos intelectuales de América y España; y las voces máximas de Alberti, García Lorca... Guillén, Ballagas, Neruda, aun rememoraban azules y lágrimas, amadas y nubes. Por aquellos días Otero Silva arrancaba a su lira los poemas “La carreta”, “Boceto para un héroe de la independencia”...Y esa producción le dio lugar en la poética americana... Pasaron unos años...La voz de Neruda se renueva en el sur; Alberti se viste un mono de miliciano; balas fascistas envían a la gloria a García Lorca...En la América hispana muchos poetas pasan a la posteridad. La gran mayoría se entretiene en rumiar el pasado. Y por los caminos lóbregos y difíciles de Venezuela sale Otero Silva cantando sus poemas de Agua y Cauce...son poemas que dicen al mundo que Venezuela ha encontrado su gran poeta.

De este libro ha señalado con certeza Oscar Sambrano Urdaneta que son poemas “de una definida sensibilidad por los problemas sociales y políticos del hombre, cultivan una expresión clara, recia, capaz de sacudir la conciencia del lector y de sacudir las fibras de sus sentimientos por la solidaridad humana. Son, también, poemas para despertar la cólera y para fomentar una corriente de oposición y de condena contra el salvajismo de un régimen que no retrocede ante los hechos de tortura más pavorosos” (Oscar Sambrano Urdaneta, *Aproximaciones a la obra de Miguel Otero Silva*).

A juicio de Sambrano Urdaneta, el poema “La Rotunda”, por ejemplo, “es un cuadro de horrores, como creo que no se había trazado en

ningún otro poema venezolano (...) Sendas estrofas –dice– comprobarán lo dicho:

*¡Mirad, mirad ahora!
Un poco más lejos han colgado a un hombre
Al desatarlo de la soga
se desmorona desarticulado
como si estuviese vacío.*

*Vedle la cara intensamente pálida,
los ojos teñidos de muerte
que se asomaron a la muerte misma.
Las manos crispadas de horror
que buscaron apoyo en el vacío.
Los pies alargados por la angustia
de asirse a la tierra”.*
(“La Rotunda”. Agua y Cauce)

Con este poemario, Otero Silva interviene oportunamente para forjar una estética que no admite otro compromiso que el cuestionamiento de los valores del Estado caduco, de la violencia enmascarada de su cultura y de su ideología penosa y cómplice con la crueldad intrínseca del poder. Más que poesía, lo que escribe es un grito desesperado, y de no haberlo hecho en el tono directo y provocador, incluso rudo, no hubiera pasado de ser más que el ejercicio de un aprendiz de poeta. Pero lo que busca en esta oportunidad es integrar la poesía a las luchas de quienes se mantienen al margen de los beneficios de la sociedad y del curso de la historia.

Como bien lo recuerda Sambrano Urdaneta, “el poema que abre el volumen es su manifiesto. En él se habla de la conquista del futuro para todos aquellos que han sufrido mengua de justicia. Entre estos seres marginales, está el niño campesino que se queda sin escuela, cuyo destino de analfabeta hace perder a un pintor, a un músico o a

un poeta. Figura la muerte del viejo guerrillero en la montaña, o la de la fiel y gratuita protectora de los presos políticos. Están, así mismo, un joven mártir, Eutimio Rivas, caído en pleno corazón de la Universidad Central de Venezuela bajo las balas de la policía, o el oscuro minero de negro y áspero sudor sepultado por su trabajo en lo profundo de la mina”.

Pero también aparece en esta obra un acercamiento fundamental a la Venezuela que pugna por salir a la superficie, que comienza a derrotar con su fuerza de capital y su tecnología a la realidad agraria: “Y el taladro –apunta Sambrano Urdaneta–, que comienza a ser el símbolo de la nueva economía venezolana, con todas sus implicaciones de política interior y exterior, y con su petróleo que fluye para enriquecer a las grandes compañías internacionales, mientras el habitante del país se queda pobre y enfermo para siempre” :

*Por los tubos relucientes
se va cantando el aceite
la canción del que no vuelve.
Allá lo espera en la rada
El humo del barco yanqui.
("Taladro". Agua y Cauce).*

Días de mar

A finales de 1937 no sólo se reseña en un periódico de Panamá su primer libro *Agua y Cauce*, sino que en diciembre de ese año emprende desde ese país un viaje por barco a Nueva York. La casualidad ha permitido que llegue a mis manos parte de la correspondencia que escribió antes de abordar el buque *Peter Maersk*, y también lo que posteriormente constituye un corto diario de viaje. Las frases que escribe en ese momento nos resultan hoy más rotundas e intensas, incluso más íntimas y cercanas, al hombre de carne y hueso que quizá nunca llegamos a advertir por encima de su bonhomía y su timidez proverbiales.

Tal como lo relaté un año atrás en el Papel Literario (*El Nacional*, 2005), debo a un encuentro fortuito, y a un sorpresivo encargo particular, el conocimiento de estas cartas viajeras que Miguel Otero Silva envió a una corresponsal en Venezuela a partir de diciembre de 1937 y hasta 1939, cuando cesan abruptamente. Aunque he conseguido otros mensajes dirigidos con posterioridad a la misma persona, debo advertir que esta primera parte que ahora reviso y detallo es infinitamente más rica en detalles, rastros y confirmaciones de su vida íntima y tem-

prana de todo cuanto se conoce hasta ahora. Son en total unas ciento sesenta cartas que, como es lógico, permanecen en poder de su familia.

El nombre de la persona a quien Otero Silva dirigió en esa época su correspondencia amorosa y política es fácil de identificar. No hay que conjeturar largamente al respecto si conocemos el curso de su vida afectiva: se trata de María Teresa Castillo, su esposa y compañera de lucha durante largos años. Ella guardó estas cartas con tanto celo que, incluso, éstas reposaron en gavetas cerradas hasta que su hija, Mariana Otero Castillo, las identificó y releyó por una feliz coincidencia del destino. Luego hubo un largo periodo en el cual sudamos la duda de que la “Chepa”, a quien estaban dirigidas las cartas tan apasionadas y, por momentos, de un intenso erotismo, fuera María Teresa. El hecho de que las tuviera consigo no aclaraba nada porque, como pudimos comprobar después, ella misma, quizás por pudor, había blindado en el olvido esos recuerdos.

También concurrió a alimentar nuestra desconfianza el hecho de que no sabíamos con precisión cuándo Miguel Otero y María Teresa habían iniciado sus amores, que seguro tuvo muchos encuentros fugaces y clandestinos, pero jamás imaginamos que ello hubiera ocurrido en la temprana época de 1936 o 1937. Recuérdese que la pareja se casa formalmente diez años después, en 1946, y procrean dos hijos, Miguel Henrique y Mariana. Se trata, pues, de un largo amorío que nadie de esta época sospechaba, más allá de sus amigos cercanos.

Lo cierto es que los dos llegan a Venezuela desde el exterior pocos días después de la muerte de Juan Vicente Gómez: ella desde Nueva York, donde ha pasado un año en soledad, trabajando en un taller de confección textil, poco menos que recluida entre la rutina del trabajo y la pensión donde vive, y él convertido en agitador político y periodista combativo, que ha conocido las realidades revoltosas europeas y las no menos conspirativas del Caribe. Deben de haberse encontrado en mítines y concentraciones, o coincidido en alguna conferencia o repartiendo octavillas en una calle de Caracas. Más que un encuentro

casual, hubo de ser, tal vez, una cita marcada por destinos cuyos tiempos confluyen, como diría Jorge Luis Borges.

Pero el enigma generado por esta correspondencia, que enfrentamos a dudas y tientas en ese momento, estaba reforzado por el hecho concreto de que en esas cartas los nombres propios son casi inexistentes porque quien escribe es un exiliado, un hombre considerado como peligroso adversario del régimen venezolano y un presunto militante comunista, que desarrollaba además una actividad internacional que le imponía el uso constante de seudónimos.

Pero aún así, por encima de esas prohibiciones de lenguaje, surge un amante que teje de un fino orgullo varonil sus preocupaciones, que las repite y las escucha porque es la única voz que se multiplica en las preguntas y en las respuestas, en las quejas y en los requiebros. Es la voz del escritor que porta en sí un increíble y volcánico mundo interior, que no deja librada hora alguna del día para pensar y comunicarse con quien ama, para hilvanar la frase que, quien sabe Dios cuándo, producirá su efecto sobre la persona amada.

Pero esta ansia y esta angustia por la persona que se quiere y se requiere en la imaginación, no le impide colocar en el centro de sus mutuas atenciones la preocupación política, que bulle en ellos en los más mínimos detalles, a tal punto que hoy no sabemos descifrar los límites de esa intimidad, tal era el conocimiento que compartían sobre cada uno de sus amigos y camaradas, de sus acciones partidistas y sus desviaciones ideológicas. Resulta asombroso que a la luz de las circunstancias de hoy, del egoísmo y de la desconfianza que priva en lo cotidiano, nos encontremos con una correspondencia privada de hace tantos años, en la que todo está tejido profundamente de amor y de política, de sueños y de retos.

En este caso ha privado en nuestro trabajo tanto la prudencia como el temor a ser innecesariamente indiscretos, de manera que las citas tomadas de las cartas están regidas por lo indispensable. Esta valla no nos ha impedido asomarnos a un mundo sorprendentemente íntimo y cálido, a la vez que vigoroso y descriptivo de los lugares y las gentes

que trató Miguel Otero en sus viajes, destierros y confinamientos de esos años. La escritura es rigurosa pero no carece de humor, o de la frase lapidaria, de la cita histórica o del uso de venezolanismos, así como de poemas o de observaciones sobre libros y películas, de su suerte en los juegos de azar y de su interés en los deportes.

De la larga lista de su correspondencia de esa época hemos escogido una muestra representativa de su paso por Nueva York, México, Panamá y Bogotá. Hay cartas manuscritas, de dificultosa lectura por el roce del tiempo, y otras elaboradas a máquina, la forma preferida de MOS a pesar de que escribía usando sólo, pero muy ágilmente, el dedo índice de la mano derecha. Ya este dato nos permite conjeturar no sólo el afán por la palabra, sino por cada letra que caía sobre el papel en blanco.

El 2 de diciembre de 1937, desde Ciudad de Panamá, le dice a su añorada corresponsal: “Chepa linda y mía: Ya supondrás cómo ando de carreras y en países calurosos. Anteanoche te escribí desde Barranquilla y no pude despacharte la carta sino desde Colón”. Con ello nos confirma que, luego de su salida clandestina de Caracas, ha pasado por Colombia, y ahora se dispone a viajar a Estados Unidos. “Esta tarde iré a ver si puedo salir el lunes para Nueva York. No lo creo tan difícil. De allí pasaría a México, como te había dicho”. El membrete en forma de escudo con el nombre Hotel Colombia, Panamá, que preside la hoja, nos revela su lugar de alojamiento.

La rapidez y facilidad con que deslinda su itinerario de viaje no parece tomar en cuenta lo engorroso de trasladarse en barcos que apenas lograban arrastrarse por el mar Caribe, aunque todavía no era temporada de huracanes.

Más adelante le refiere sobre la capital panameña: “Apenas conozco la ciudad. He dado unas vueltas por allí y me han presentado a numerosas personas. Quieren que dé un recital aquí pero no sé si habrá tiempo. El libro (obviamente se refiere a *Agua y Cauce*) se está vendiendo en las librerías de aquí, y he sido muy bien acogido por un

núcleo de intelectuales. Ya escribí al editor explicándole lo que deseo con respecto a los errores”.

“A pesar de las carreras y del calor, no desaprovecho un momento libre sin dejar de utilizarlo pensando en ti. Tu retrato muerta de risa me preside el cuarto y me lo ilumina”. El 6 de diciembre vuelve a escribirle, esta vez a mano, a su interlocutora en Venezuela: “Mañana en la mañana sale mi barco para New York. Es un barco pequeño y desconocido de nombre Peter Maersk”, dice. En la próxima misiva le aclara que es un barquito familiar de esos en que “los pasajeros comen en la mesa del capitán. Salimos a mediodía de Panamá y hemos atravesado el canal... Los otros pasajeros sacaban a relucir binóculos y cámaras fotográficas y manifestaban su entusiasmo con gestos y palabras. A mí me entró un sueño mortal y a medio canal me vine al camarote a dormir la siesta. Como turista debo haber cometido una blasfemia”.

El 8 de diciembre, a las 3 y 30 pm, le escribe a Chepa un poema:

Mar sin gaviotas y sin costas.

*Lejos impulso la mirada que se pierde fatigada de azul,
dormida en verde, agobiada de rítmicos reflejos.*

*Como las manos torpes de los viejos avanza el buque.
Sus costados muerden con verdes fauces de amante verde,
dientes de espuma, corazón de espejos.*

Verde y azul. Azul y verde.

*Y blanco de las nubes y blanco que en el flanco teje
la espuma grácil y bravía*

*Y como junto al río y junto al monte me escapo
-más allá del horizonte- para pensar en ti dormida y mía.*

A continuación le dice: “Ya ves cómo te he escrito un soneto de pura cepa gongorina”.

A las 8 de la noche de ese día decide agregarle a la carta unas cuantas líneas finales, escritas a lápiz: “...He sacado de la maleta tu retrato y lo he puesto a mirarme desde la mesita. Mañana le escribo un poema a tu retrato y a tu risa”. No son pocas las líneas en que se muestra contrariado, aunque sin perder el humor, porque el barco se sigue “meneando como una negra rumbera”. Pero siempre, invariablemente, dedica el largo final de las cartas a un diálogo lejano y cercano a la vez con su amada, en la que la ternura y la pasión amorosa se mezclan en la soledad del camarote: “Muy pocas veces logramos besarnos en paz, querernos sin mirar a los costados (...) Algún día te tendré sola y tranquila entre mis brazos, libres para gritar si gritar nos pide el corazón. Entonces verás rincones míos que aún no conoces; rincones de mi alma que la zozobra no me dejó mostrar”.

Periodista en Nueva York

Cuando se aproximan los últimos días de la travesía en el barco se siente, en el diario que escribe, una gran ansiedad que se corresponde tanto con el encuentro con su padre, quien está ahí para seguir un tratamiento, como por lo que significa Nueva York como metrópolis cuyas dimensiones materiales y materialistas lo abruman de antemano. Si bien el 12 de diciembre de ese año, 1937, le escribe con humor a su amada que “ya estoy hecho un lobo marino. Anoche bailamos en cubierta y me volví un tigre calculando los saltos del barco para no perder el compás (...) Ya comenzó el frío. Hoy amanecí de *sweter* y nada de extraño tiene que esta tarde me encaramé el sobretodo. Un sobretodo que compré en Panamá a un poeta cordial. Era de su tío que lo compró para ser cónsul en no sé qué parte y murió sin ejercer el consulado y sin estrenar el sobretodo. (A bordo hay un americano salvaje que no se ha quitado todavía el flux de dril panameño y que anda por todas partes en mangas de camisa)”.

No deja de llamar la atención a lo largo de esta correspondencia que el humor, la perspicacia periodística en los detalles y la pertenencia a las cuestiones del amor se mezclen siempre en un juego de frases conmovedoras. De pronto le anuncia a su lectora: “Pasado mañana llega-

mos a New York. Me entrará la angustia india que me causan las ciudades inmensas y el pánico no menos indio que me produce la nieve. Ya saldré corriendo para Cuba o para cualquier parte donde haya sol y donde a los 15 días todos en la cuadra me hayan puesto un apodo y yo otro a cada uno de ellos. Soy pueblerino profesional”.

Nadie hubiera imaginado que ese escritor, a quien todos luego conocerán como un hombre de mundo, y a quien se le pedirán referencias sobre las grandes capitales, y los museos y galerías, o sobre los restaurantes europeos más afamados, se aproximara a la metrópolis neoyorquina con una timidez rayana en lo provinciano. Desde luego que en esta oportunidad exagera sus temores, pero eso dice mucho de su capacidad de asombrarse ante lo que, anticipadamente, imagina como una ciudad poco menos que inhiesta.

En realidad, no lo será así y luego se adaptará (aunque no aceptará) con rapidez los vaivenes de Nueva York. El 14 de diciembre, al mediodía, le escribe a Chepa: “Mi vida: como comprenderás he pasado un día de lo más agitado con el viejo para todas partes, y con un amigo y magnífico cicerone que sorprendentemente encontré aquí. Estoy casa de Mariano donde vine a comer mondongo. El viejo está muy bien y vuelve mañana al hospital. Mañana iré a buscar a Pomp. (Pomponette Planchart) a ver si tiene carta para mí”.

En contra de lo anunciado, MOS emprende con destreza el conocimiento de una ciudad complicada y avasallante. “Estoy descubriendo en mí una facilidad para asimilar a New York. A los días de estar aquí le pedí a mi cicerone que soltara solo y desde entonces tomo subways y elevados, visito y regreso a mi casa, como si fuera un veterano. A los dos días de estar le di a Pomp. la sorpresa de llevarla a pie y por medio de un laberinto de calles a un cabaret cubano donde me habían llevado a mí la noche que llegué”.

Pero no todo era fiesta y jolgorio: “Mañana hablo en un mitin como orador de fondo. Se trata de un homenaje a Pablo de la Torriente que cumple mañana año de muerto en las trincheras de Madrid. Tal vez improvise un buen discurso. Se trata de España y de Pablo, dos viejas

debilidades mías. Parece que también van a utilizarme en un par de conferencias. El diario *La Voz* que ha ido desalojando poco a poco a *La Prensa*, me pidió una entrevista para pasado mañana. *La Prensa* por su parte publicó un corto juicio de *Agua y Cauce*.” En la misma carta le dice que en la edición extraordinaria de *El Nacional*, de México, bajo el título “Poetas Contemporáneos”, se han publicado los dos últimos poemas de Neruda y “Siembra”, de MOS. “Parece que mis versos están teniendo un cierto éxito. Aunque yo sigo desconfiadísimo...”.

Más adelante, el 20 de enero de 1938, le inquiera: “con respecto a la novela, no me has dicho nada (...) Si yo consigo publicación por estos lados vamos a tener que avisar que la sacamos del concurso. No perdemos nada porque es seguro que saldrá derrotada. Al releerla aquí me di cuenta de que era el colmo del optimismo el simple hecho de haberla mandado”. Debemos inferir que se trata de una copia de los originales de *Fiebre*, que había enviado a Caracas. Meses más tarde le insiste: “Al decirte que reclamaras la novela era porque me imaginaba que el concurso se había cerrado hace ya tiempo y lo había perdido. ¿Dieron el veredicto? Después que den el veredicto, reclámala... El viejo está empeñado en que la edite allá. Pero si voy a Méx. (México) registraré bien precios y calidad a ver por qué lugar me decido. Alex por su parte me escribe empeñado en que lo haga en Chile” (correspondencia citada del 28 de marzo de 1938).

En Nueva York se mantiene permanentemente informado sobre lo que ocurre en Venezuela, pues le exige a sus amigos de Caracas y del resto del área del Caribe que le envíen la mayor cantidad posible de recortes, tanto de revistas como de diarios. Reclama “los más importantes editoriales de *Ahora*, las cosas más inefables de *La Esfera*, y algún otro artículo de importancia”. De *Fantoches* exige “mandarlo completo”. Estamos, pues, frente a un lector a tiempo completo, pero a quien también le alcanzan horas para ir al cine y disfrutar del último film de Walt Disney. Se trata, según anota, de “una película de largometraje llamada *Blanca Nieves y los siete enanos*. Es lo más delicioso que he visto en cine. Fui a verla el día del estreno y volví al día siguien-

te. Me emocioné. Te recomiendo que cuando la veas anunciada salgas en carreras a sentarte en primera fila. Los dibujos, el colorido, la acción, la música, todo es de una gracia y de un talento inimitables” (correspondencia del 20 de enero de 1938).

Si bien llega a manejar con soltura la vida de Nueva York, y desarrolla una agenda política en la que se incluyen actos de apoyo a la España republicana, a la lucha contra el fascismo y a favor del cambio hacia la democracia en Venezuela, lo cierto es que desea volver a la realidad del Caribe, a su viejo y conocido campo de acción.

El 17 de mayo le escribe a su querida Chepa: “Es probable que nos encontremos en C. (Cuba) en agosto. Yo al menos haré todo lo posible para que eso suceda... Si decido ocuparme de la novela en M. (México), eso me va a quitar un tiempo largo. Pero si no me ocupo de la nov., entonces seguiré viaje a los pocos días y te esperaré en la tierra del calvito” (obviamente se refiere a Raúl Leoni y Colombia). Así lo hará, aunque los tiempos pensados y programados no serán los mismos.

México, La Habana y Bogotá

Llama la atención la manera cómo, en esta época tan compleja y llena de dificultades para los revolucionarios venezolanos, Miguel Otero Silva se mueva por Estados Unidos, México, Cuba y Colombia desarrollando siempre una actividad que se comparte entre lo abiertamente público, que es reseñado y divulgado en los periódicos y revistas sin mayores reservas, y aquello que de alguna manera constituía también su preocupación fundamental, es decir, su activismo político, que desde luego no divulgaba ni siquiera en su correspondencia privada. Sin embargo, cuando se leen sus cartas de esta época uno se tropieza a menudo con referencias a encuentros, citas, documentos e informes reservados que él mismo prepara para rendir cuenta de su agenda en el exterior.

No se mueve en el exilio como un militante que carece de rumbo, o que está a la caza de un plan para unirse, o de formar un grupo particular para desarrollar actividades proselitistas entre otros venezolanos. Sus contactos están preestablecidos, sus citas obedecen a objetivos determinados y las personas que lo reciben ya saben a qué viene y en qué anda. De manera que salta de Nueva York a México, en tránsito a La Habana y luego a Bogotá, con la resignación de quien cumple las

metas trazadas con anterioridad. De forma que cuando llega a México en julio de 1938, no tarda en vincularse con los grupos revolucionarios de la capital mexicana, entre los cuales ya existen amigos venezolanos de larga residencia en esos lares.

En carta fechada el 27 de julio del 38, dice: “Vamos a ver si el ambiente de México –que por cierto me gusta mucho– me hace más comunicativo que el vértigo neoyorkino”... “De ninguna manera pienso pasar mucho tiempo aquí”, pero a la vez revela que “el domingo voy a reunir unos amigos con cóctel para leerles mi novela y de la crítica que hagan y de la que yo mismo me haga, saldrán las correcciones. Le falta un poco de pulitura y hay que dársela (...) Aquí voy a escribir un poema en varios cantos sobre Emiliano Zapata y ya estoy buscando libros dónde documentarme sobre su vida. El 24 (de julio) hubo un homenaje al Libertador y leí un poema a Bolívar que escribí ese mismo día”.

A pesar de que anuncia su permanencia en México como breve, no saldrá hacia Cuba sino a comienzos del año 39. Mientras tanto trabaja en *Fiebre*, como lo deja ver en la correspondencia que envía a Caracas de fecha 3 de octubre de 1938: “Mañana por la mañanita me marchó al campo a ver si puedo trabajar en la novela, ya que aquí nada he podido hacer. Me voy a un pueblo donde el Gordo ejerce su medicina y donde no hay más venezolano que el propio Gordo, siempre ocupado... Tengo la cinta nueva y la máquina aceitada. Vamos a ver si ahora termino definitivamente el mamotreto y no vuelvo a ocuparme de él en toda mi vida”. En cuanto al poema a Bolívar, le aclara a su destinataria que no se lo ha mandado porque “estaba esperando su publicación. Saldrá en *Ruta*, y te lo enviaré. Por otra parte no he hecho sino escribir para el periódico, humorismo en su mayor parte. Anteayer no había quién hiciera la crónica de foot-ball y, con gran placer, tuve que echármela encima”. Remata su carta confesando que “precisamente me agrada tanto la guachafita que es por eso que tomo las de Villadiego para meterle el pecho a *Fiebre*”.

Vemos aquí a Miguel Otero intenso en su actividad diaria, pero que no cesa en su preocupación literaria y en la necesidad no sólo de cul-

minar su novela, sino en dar a conocer su trabajo como periodista y humorista, como poeta y como redactor deportivo. Asombra que años más tarde se le mezquinen sus iniciativas y logros en estos campos profesionales, que ejerció en países donde nadie lo conocía, y donde nadie tenía por qué rendirle consideración alguna que no fuera la que naciera de su propio talento.

En febrero, algo más de un mes después de llegar a Cuba, deja caer esta reflexión: “Es un verdadero fenómeno psicológico el que me está sucediendo. Me estoy dando cuenta de que, por primera vez en mi vida, a lo largo de mis treinta años, he pasado un mes sin hablar con venezolanos, sin vivir entre venezolanos, sin hacerle el amor a una venezolana. Porque yo he vivido siempre –en Nueva York, en París, en Trinidad, en México, en Bélgica, en Curazao, en España, en todas partes–, en una casa de venezolanos, al rescoldo de una permanente mamadera de gallo gradillera. Así es que me parece que esta vez, en este mes, es que he salido radicalmente por vez primera de Venezuela”.

Pronto abandonará Cuba no sin antes hacer una serie de visitas al interior de la isla, donde participará como orador en reuniones políticas. En carta del 14 de marzo de 1939, informa: “tuve que hacer dos viajes al interior, el primero a un mitin en Cienfuegos (...) y el segundo a dictar una conferencia a Ciego de Ávila, y a un mitin en Baraguá. He pasado noches enteras en autobús y tengo la espalda molida, y un sueño atrasado que no brinca un venado”. En Ciego de Ávila interviene junto a Nicolás Guillén, quien habla “sobre el origen y significado de la poesía negra” (...) “Y luego dije yo la mía sobre Imperialismo y Fascismo, que es uno de los trabajos mejores que he hecho en mi vida. Pienso mejorarla para decirla en La Habana”.

Paralelamente, no deja en sus preocupaciones literarias y en la necesidad de difundir lo que escribe e, incluso, lo que tiene en preparación. En esta carta que comentamos ahora le refiere a Chepa el envío de “una crítica de la poetisa Emma Pérez sobre *Agua y Cauce*, y una nota de Carlos Montenegro sobre *Fiebre*. Montenegro escribió y publicó esa nota cuando no había leído sino los tres capítulos primeros de

la novela (...) Era un método absurdo dado el desnivel que existe entre esos primeros capítulos y el resto de la novela”.

Sin embargo, vale la pena resaltar lo que la correspondencia de MOS nos revela con respecto a *Fiebre* y, en general, a su producción literaria de esa época: una profunda reflexión autocrítica y una necesidad de afirmarse en la consideración externa de su obra. El dilema sobre *Fiebre* (y esto es extremadamente significativo) no sólo reside en la calidad final de la novela, sino que le va a condicionar otra decisión aún mayor: la de incorporarse para siempre a la narrativa o, como lo expresa más abajo, establecerse firmemente en la poesía, desechando cualquier otro camino alternativo. Lo valioso en este caso es, en justicia, su propio testimonio sobre esas dudas que luego supo resolver con éxito.

Veamos cómo, ya en 1939, en Cuba, le atormentan estas dudas: “Evidentemente, como tú bien dices, yo soy antes que todo poeta. Es fácil observar al leer la novela misma que está escrita por un poeta. Pero para mí sería de mucha mayor importancia triunfar en la novela que triunfar en el verso. Las razones son claras: mayor alcance del género, mayor número de lectores, mayor autoridad, mayor facilidad de tratar diversas cuestiones fundamentales. Tal vez esta expectativa mía con respecto a *Fiebre* haya sido una de las razones que me han impedido escribir poemas en el año que acaba de pasar” (esto no es rigurosamente cierto si recordamos el canto al Libertador, escrito meses antes en México). Y luego añade: “He pensado también ensayar unos cuentos. He tomado apuntes y he planeado en la cabeza el desarrollo de dos de ellos. Pero no me he puesto a la máquina con intenciones de plasmarlos (...) A los treinta años, y ya con cierto prestigio de poeta, es que me he puesto a pensar seriamente qué camino debo tomar”.

Su preocupación por el periodismo y lo que ocurre en Venezuela no lo abandona: “La página literaria de *El Universal* no me llega... sí me gustaría que me la enviases. Mándale a decir a el Guillo (o sea, Guillermo Meneses) que yo estoy esperando a *Campeones* y que si se imagina que porque le dio el baño a *Fiebre* tiene derecho a colocarse en ese plano de superioridad y no mandarlo”.

El columnista **de *El Universal***

Contrario a lo que pudiera pensarse, es en *El Universal* de Caracas, que después sería la competencia tradicional de su periódico, donde Miguel Otero Silva inicia una serie de colaboraciones de carácter cultural desde los países que recorre, y que hemos reseñado en estas páginas. En efecto, el 6 de diciembre de 1938 le escribe a Pascual Venegas Filardo desde México informándole sobre sus actividades, y le expresa su intención de publicar algunas colaboraciones en ese diario, en especial en la página “Arte y Letras”, que salía los domingos y de la cual tenía excelente opinión.

En carta a Venegas Filardo le dice:

Había manifestado a María Teresa mis deseos de recibir los recortes de la sección dominical Arte y Letras de El Universal y desde entonces ella me los está enviando puntualmente. La página en cuestión es a mi juicio, lo único serio y logrado que se hace actualmente en Caracas a ese respecto. Antes no lo leía sino esporádicamente ya que de mi casa no me envían sino Ahora y Fantoques. Pero ahora, que me está llegando tu página semanalmente, he confirmado la magnífica opinión que sobre ella tenía... Hasta me han entrado deseos de colaborar. Tengo en mientes un par de trabajos literarios; uno sobre Goethe y otro sobre Dostoiesky, trabajos modestos sin gran cosa de originales. Es

posible que te los envíe. Sé muy bien que tú no consideras, como otros amigos hacen, que mi firma pertenece al género “tabú”.

(...) Después de la publicación de *Agua y Cauce* me dediqué a retocar una novela que andaba dispersa por mis maletas. El tema es la trayectoria de la generación estudiantil de 1928. En este mismo diciembre comienza a editarse y te confieso que le tengo una gran desconfianza porque yo toda mi vida no he escrito sino poemas, humorismo y editoriales de *El Popular*... Si vuelves a escribirme puedes hacerlo a México que de aquí me harán seguir la carta, caso de que haya partido. Te repito las gracias por todas tus atenciones. Te abraza Miguel Otero Silva.

La carta surte efecto, pues el 7 de mayo de 1939 encontramos en “Arte y Letras”, en la columna *Rutas e Itinerarios*, una reseña de la revista de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV), en la que se enumeran los trabajos de mayor significación contenidos en esta entrega: “Nuevas corrientes del pensamiento” por R. Díaz Sánchez, “Nuevas corrientes artísticas” por Armando Lira; “El Libertador, poema de Miguel Otero Silva”. Luego, el 11 de junio de 1939, en la misma columna, decía: “Entre los libros recientemente aparecidos figuran *Fiebre*”...

Con posterioridad, en el número correspondiente al 9 de julio de 1939, Venegas Filardo redacta un extenso comentario sobre *Fiebre* en su espacio “Libros Venezolanos”, y Armando Solano también escribe sobre la obra el 24 de septiembre: “Valoraciones. *Fiebre*, una novela de América”. El 18 de octubre de ese mismo año hace lo propio Carlos Montenegro en “Crítica sobre una novela venezolana”.

Además, y muy generosamente, Pascual Venegas Filardo le dedica su columna del 18 de agosto de 1940 –“Hora Poética Venezolana”– a Miguel Otero Silva. Allí lo califica de “poeta social”, y afirma que su lírica se ha encauzado hacia el plano de las reivindicaciones sociales, de las luchas revolucionarias y, así, “podemos decir que aparte de algunos pocos poemas, entre ellos su magnífico Canto al Libertador aparecido originalmente en *El Tiempo* de Bogotá, su producción poética de hoy es puramente social”.

El 15 de diciembre de 1940, "Arte y Letras" informa además que la novela *Fiebre* ya circulaba en su segunda edición, con pie de editorial "Morelos" de México.

Pero, a su vez, MOS comienza a publicar sus colaboraciones en *El Universal* a partir del 5 de noviembre de 1939, con un trabajo titulado "Andrés Eloy Blanco, Poeta y Hombre", fechado en octubre de ese año en Bogotá. En este trabajo, escrito con ánimo de entablar una polémica, formula algunas duras observaciones a otro artículo de R. Olivares Figueroa aparecido en esas mismas páginas: "Andrés Eloy Blanco es un poeta de gran vigor, enraizada su inspiración en el dolor y las alegrías del pueblo, pleno de música y de impetuosidad, en cuyos versos se diluye el detalle bajo el soplo violento y grandioso de su lirismo y de su intención humana... La formación poética de Andrés E. Blanco se realiza, sin duda en el crisol del modernismo triunfante en América...".

Más adelante destaca que la experiencia sufrida por el poeta en la cárcel ejerció influencia determinante en su quehacer poético: "La cárcel ha sido en Venezuela gran crisol para la formación de poetas y de hombres. Es bastante improbable que un artista que pasara cuatro años en el Castillo Libertador saliera versificando sueños de arena. Tanto más que Andrés Eloy Blanco no pasó por la cárcel como por un camino oportunista hacia el logro de una prebenda en el mañana. Pasó por la cárcel porque amaba a su pueblo y de ella salió amándolo aun más. Ya de nuevo en el mundo nos da su primer libro de una nueva etapa: *Barco de Piedra*".

Para concluir dice que Andrés Eloy Blanco es "el gran poeta del pueblo venezolano. El pueblo sabe de eso, a veces, mucho más que los críticos. Y es de advertir que, en este caso, no se trata solamente del pueblo, de esas masas de 'sentimientos difusos y vacilantes' cuyo clamor no llega a la torre de marfil de Olivares Figueroa. Las juventudes intelectuales de Venezuela ven también en Andrés Eloy Blanco el gran poeta de ayer y el gran poeta de hoy, el maestro cuya obra es necesario estudiar para escribir versos nuevos en Venezuela".

También, el 26 de noviembre de 1939, publica en *El Universal* dos poemas, entre ellos “El guerrillero muerto”, y el 14 de enero de 1940, “Poema de tu voz” fechado en Bogotá, en enero 1940. Luego, el 6 de octubre de 1940, da a conocer en el mismo diario un relato corto, quizá el único de esta época y por ello tan significativo, “La muerte de Honorio”, escrito en Barcelona, Anzoátegui, en octubre de 1940, donde había sido confinado por el gobierno de López Contreras.

El 22 de diciembre de 1940, en el mismo periódico, entrega a los lectores “3 variaciones alrededor de la muerte”. Luego, el 18 de mayo de 1941, da a conocer un recordatorio de Elías David Curiel, “Un poeta olvidado”, en el cual se refiere al bardo nacido en Coro, y que según MOS, había sido olvidado por la crítica, y a quien ni siquiera se le mencionaba en el trabajo de Mariano Picón Salas, *Antología Moderna de la Poesía Venezolana*, ni en la “polvareda de comentarios” que surgieron a partir del citado trabajo.

El 7 de septiembre de ese año, *El Universal* le publica, en la misma sección, un poema titulado “Glosa”. El 23 de febrero de 1942 aparece allí el poema “Encrucijada” y se aclara que se trataba de uno de los trabajos contenidos en su libro “25 poemas”, editado por Elite en Caracas, en 1942.

Por desgracia, la sección “Arte y Letras” de *El Universal* dejó de aparecer a partir del mes de julio de 1942.

De Bogotá a Caracas

Su paso por Colombia va a marcarlo intensamente no sólo por el activo ambiente cultural que consigue allí, lleno además de una comprensión general de lo que está ocurriendo y de lo que se está pensando en América Latina y el mundo, sino también porque las diferencias ideológicas y los marcados espacios entre las clases sociales le intrigan y le plantean interrogantes fundamentales sobre la política, conservadora en extremo, que se lleva a cabo en suelo colombiano. No hay que olvidar que viene de un ambiente en el que priva la política caribeña, más radical y popular, y que es menos distante de la gente del común. En el viaje desde Cuba, que pasa por Panamá, le ha tocado compartir una serie de vicisitudes con pasajeros que han dejado a Europa en condiciones poco menos que desastrosas. "Hice un viaje en una tercera abarrotada de judíos expulsados por Hitler y de españoles expulsados por Franco. El barco inglés donde veníamos los trataba muy mal, plegándose así a las normas del derecho internacional que predica ese ilustre hijo de la Gran... Bretaña que se llama Sir Neville Chamberlain. Y a mí, por venir en la misma clase que ellos, me hacían objeto de semejantes galanterías. Sin embargo, el viaje fue muy interesante porque yo no me ocupaba de los marineros y servidores ingle-

ses sino de los emigrantes. Y cada uno de ellos era un admirable y humanísimo documento antifascista” (correspondencia del 11 de mayo de 1939).

Sin embargo, al desembarcar en suelo colombiano emprende la ruta a la capital y se incorpora de inmediato a los círculos intelectuales bogotanos que le son, como bien lo reconoce en su correspondencia privada, particularmente acogedores y generosos. Sus problemas allí resultan, en todo caso, de otra índole, como los de resolver sus papeles de residencia, una cuestión que era común a los exiliados venezolanos, que eran ciertamente numerosos en ese país. Pero el hecho de estar en Bogotá ya era para él un aliciente fundamental con miras a preparar su regreso a Venezuela. Además, por todas partes se le atiende y se le reconoce, lo cual no sólo le halaga porque es un poeta joven y un novelista que está estrenándose, sino porque también le compromete y le obliga a disciplinarse en el oficio de escribir. Recordemos que a los 31 años de edad publica en Caracas su primera novela *Fiebre*, con prólogo de Ernesto Silva Tellería. De ella dijo después en *8 palabras* que había “numerosos elementos autobiográficos, no solamente individuales sino autobiográficos de todo un grupo, de mis compañeros de lucha, de eso que se ha denominado ‘generación del 28’. Las cosas que le suceden a Vidal Rojas en la primera fase del libro (...) me sucedieron a mí en la vida real, como son igualmente personales los acontecimientos de la montonera. En cambio, la parte que se desenvuelve en Palenque, es un episodio vivido por mis compañeros universitarios que fueron a parar a ese campo de concentración. Yo había logrado escapar al destierro después de haber participado en las guerrillas, pero prefería concluir la narración, no en tierra extranjera, sino en aquella cárcel dostoiévskiana de los llanos del Guárico”.

Lo cierto es que ya no puede escapar a un destino que se le impone y le hace meditar con largura sobre su papel en la política, aunque ésta seguirá siendo importante en su vida durante los próximos años. En Bogotá, que es por fortuna su última etapa de exilio, se le busca y se le quiere como poeta: “Ya por lo menos escribí un poema, cosa que no

hacía desde hace muchos meses. Aunque lo hice porque me chantajearon. El jefe de redacción de *El Tiempo* se puso en un soneto mío, amoroso e imitación de Góngora, y me amenazó con publicarlo a menos que para anoche a las diez le llevara un poema inédito. Por supuesto que se lo llevé. Y el poema que le llevé me gusta. Cuando salga en *El Tiempo*, el domingo, te mandaré el recorte” (correspondencia privada del 3 de noviembre de 1939).

Agrega en su carta algo extremadamente significativo en referencia a sus colaboraciones con el diario *El Universal* de Caracas (de lo que hemos dado cuenta en el capítulo anterior), y revela que escribirá un artículo sobre José Asunción Silva, “adjuntándole un poema fantástico de Silva, que he descubierto aquí, completamente desconocido en Venezuela, desconocido incluso en Colombia, y lleno de sentido popular. Ya lo verás” (correspondencia citada de 1939).

Pronto dirigirá sus pasos hacia Venezuela. La mayoría de los exiliados preparan sus maletas y algunos ya han salido en camino. Se respira un cambio en el clima político imperante y la apertura en territorio patrio se va dando en términos graduales. Miguel Otero Silva no estará entre los primeros en llegar a Caracas pero, cuando lo haga, va a desarrollar de inmediato labores periodísticas y políticas que pronto suscitarán las sospechas de las autoridades del Lopecismo en el poder.

Han pasado ya casi cuatro años desde su salida del país y, como bien lo recuerda Oscar Guaramato, no ha dejado estadio político que no haya recorrido o padecido: “preso, perseguido o desterrado” y, como veremos después, confinado a su ciudad natal. “Vuelve al cauteloso transitar –dice Guaramato– cuando está en las últimas salvas el gobierno de López Contreras”. Pero se le confirma legalidad civil al iniciarse el mandato del general Isaías Medina Angarita. Entonces, quizá por fidelidad a *Caricaturas*, vocero festivo de la década del 20, funda en 1941 *El Morrocoy Azul*, en compañía de una veintena de humoristas más.

Eran ellos, como los enumera José Ramón Medina en su prólogo a *Sinfonías Tontas*, “el poeta Andrés Eloy Blanco, entre los primeros,

Francisco Pimentel (Job Pim), Carlos Irazábal, Gabriel Bracho Montiel, Antonio Arráiz, Isaac J. Pardo, Aquiles Nazoa, Manolo García Maldonado, Alejandro García Maldonado, Jesús González Cabrera y Francisco José Delgado (Kotepa), quien fue uno de los pilares fundamentales del semanario, se contaron entre aquellos que asumieron la tarea inicial y continuaron prestando su colaboración durante mucho tiempo”.

También refiere Medina que “ese equipo estaba convocado –y concurría religiosamente– a una reunión semanal que se celebraba los miércoles. En ella se discutía y preparaba la edición del sábado que constaba únicamente de ocho páginas”.

Sobre la fundación de *El Morrocoy Azul* han surgido en el tiempo controversias sobre quién o quiénes fundaron ese semanario de humorismo. Sea lo que fuere, lo fundamental es que marcó una etapa inigualable en la práctica de este tipo de prensa en el país. La iniciativa de crearlo, según lo cuenta Kotepa Delgado en un artículo aparecido en el Papel Literario de *El Nacional* (24 de agosto de 1986), partió del grupo que conformaban el mismo Kotepa, Carlos Irazábal, Carlos Eduardo Frías, entre otros, quienes “se propusieron crear una editora de periódicos populares”. Más adelante refiere que “lo primero que abordamos fue un Semanario Humorístico. Convocamos a Victor Simone de Lima, a Pardo, a Yépez (los dos grandes caricaturistas de la época) ... realizando dos o tres reuniones preparatorias... Cuando ya íbamos a salir, se presentó Miguel Otero en nuestras oficinas de Ibarra a Pelota y nos propuso asociarnos a la empresa, cosa que nosotros aceptamos de buen grado, así como su propuesta de que en vez de “Mujiquita” lo denomináramos *El Morrocoy Azul*. Salimos al aire en los primeros días del mes de marzo de 1941, agotándose los 4.000 ejemplares en una sola mañana: Luis Gerónimo Pietri, Ministro del Interior de López Contreras pensó... que eliminando a Miguel Otero se acabaría automáticamente *El Morrocoy*, y esa misma mañana lo detuvieron y embarcaron en avión en calidad de confinado en su nativa ciudad de Barcelona”.

El propio Miguel Otero relata esta experiencia en correspondencia enviada a su compañera María Teresa, fechada el 7 de mayo de 1941. Allí le refiere su impaciencia y desespero por este nuevo confinamiento que lo había llevado al punto de desear repetir lo que a la muerte de Gómez puso en práctica en Trinidad, es decir, regresar a Caracas burlando el control policial:

Me entró ayer mismo repentinamente una impaciente indignación y me fui a la Panamericana y compré mi pasaje para el avión de hoy. Pero esta mañana al levantarme me di cuenta de que había amanecido con el criterio al revés y me llegué hasta el campo de aviación, no a embarcarme sino a pagar el diez por ciento del pasaje de quien cancela el suyo a última hora. Influyeron en esta nueva decisión dos causas: los presos de Caracas, que según la prensa de hoy continúan encerrados, y que me hace ver que hay interés en demostrar que hay mano fuerte ya que esas prisiones no obedecen a ninguna causa real; el recuerdo súbito de lo que a mi me sucedió a la muerte de Gómez. Estaba yo en Trinidad y me negaron la visa a mi pasaporte. A mi me entró la misma impaciencia furibunda de ayer, falsifiqué un pasaporte y me vine a las bravas. Y sucedió que a los cinco días me echaron el guante, indignados por mi irrespeto al principio de autoridad, y me pusieron en un avión que regresaba a mi pimientosa isla. Y lo peor fue que la cosa no paró allí. Sino que después entró todo el mundo, pasó el 14 de febrero, la luna de miel, la convivencia, la fundación de los partidos, y yo seguía en Trinidad penando mi impaciencia. El permiso me lo vinieron a conceder casi en abril cuando el Congreso iba a reunirse y se había salvado para la historia el hilo constitucional.

Cuando el general Isaías Medina Angarita asume la Presidencia de la República, Otero Silva regresa a Caracas y se incorpora como jefe de redacción de *El Morrocoy Azul*. A este punto, la presencia de MOS en el semanario va a definir un rumbo que luego, más allá de cualquier discrepancia histórica o anecdótica, no le agrega algo más a lo verdadero, y es la trayectoria de gran humorista que no sólo supo dejar en el periodismo escrito, sino también en la publicación de libros como *Sinfonías Tontas*, *Un Morrocoy en el Cieloy su Obra Humorística Completa*. También en el teatro de igual intención, como en “Don Mendo

71” y “Don Mendo 78”, así como su personalísima concepción de “Romeo y Julieta” y, finalmente, en *Las Celestiales* junto a su amigo Paco Vera, donde puso de relieve su talento inigualable en el arte de desmascarar la seriedad de los otros y aún de sí mismo.

Vale la pena recurrir de nuevo a la inestimable y siempre certera opinión del poeta José Ramón Medina, quien se refiere en estos términos a *El Morrocoy Azul*: “en 1941 comenzó a circular en Caracas un semanario humorístico llamado a marcar época en los anales del periodismo nacional. La modalidad que impuso desde el primer momento –humorismo ágil, gracia criolla sin recargar la tinta, de fresca y limpia prosodia humana que no congeniaba con la mala intención ni con la chabacanería– le ganó inmediatamente el favor de una amplia audiencia de lectores (...) encarnó sólidamente la naturaleza, el carácter de un periódico popular, que todas las semanas era esperado con verdadera ansiedad por sus lectores” (prólogo a *Sinfonías Tontas*).

Y, más adelante, reitera la relevancia del aporte de Otero Silva al semanario: “Ese *Morrocoy Azul*... tiene que hacer en grado eminente con el humorismo practicado por Miguel Otero Silva. Inclusive podría afirmarse, sin reserva alguna, que la huella más profunda y susceptible de aislar en las páginas de este semanario que corresponde a aquellos primeros años combativos, es la de Miguel; aparte, claro está de ciertas colaboraciones aisladas, fácilmente caracterizadas que, sin embargo, no llegan a desfigurar el cuadro genérico impuesto por nuestro humorista”.

La fundación **de *El Nacional***

Si bien cargó el periodismo siempre al hombro, no fue sino a partir del 3 de agosto de 1943, al salir a la calle *El Nacional*, cuando en verdad lo asume como el oficio definitivo de su vida. Hasta ese momento, la pasión periodística lo ocupaba como una ansiedad que con frecuencia venía asociada a la política, o a la literatura, y en muchos casos al humorismo. Pero como disciplina cotidiana, angustiante y a la vez satisfactoria a diario, no le había sido posible por mucho tiempo, con el agravante de que fundar y trabajar en un medio de prensa escrito era, a menudo, una de esas experiencias cuyo fracaso estaba programado en el corto o mediano plazo, en especial si el órgano que se fundaba era crítico ante la labor del gobierno o de alguno de sus ministros del Interior, o del propio Presidente de la República, por muy amigo que fuere.

En el caso particular de *El Nacional*, no hay duda de que Miguel Otero Silva contaba con buenos y viejos amigos que integraban los círculos del poder de entonces. Pero no por ello el periódico que se estrenaba en el escenario de la opinión pública dejaba de exhibir una clara línea crítica frente al Gobierno, estableciendo con ello, desde un primer momento, lo que sería desde ese día en adelante el comporta-

miento esencial del diario: su independencia ante el poder constituido, fuera éste alcanzado por los votos o por la fuerza de las armas.

Lo determinante de esta posición editorial que adopta *El Nacional* se corresponde con el momento histórico que se vivía en el mundo, amenazado por la destrucción provocada por la guerra y el avance de la ideología del fascismo. De igual manera, en Venezuela estaba naciendo otro país, que pugnaba por despejar las telarañas institucionales del gomecismo y, a la vez, modernizar a la máxima velocidad posible un país que seguía “agrarizado” en sus actuaciones como Estado.

La necesidad de que los periódicos se abrieran noticiosamente a los venezolanos, que convirtieran los asuntos públicos en noticias de interés general y no en simples informaciones que a nadie interesaran, que los deportes y la política se disputaran la atención de la gente, y que la cultura dejara de ser un torneo floral y se convirtiera en campo de crítica y polémica, fue lo que previó fundamentalmente Otero Silva y lo que convirtió a *El Nacional* en un éxito desde el primer día que salió a la calle.

Claro está que fundar un periódico no era una empresa fácil para nadie en el año 1943, ni en ese momento ni mucho después, como lo demuestra el cementerio de diarios que han quedado en el camino a lo largo del siglo pasado. “A mi padre, Henrique Otero Vizcarrondo, le parecía una gran injusticia que a pesar del gran tiraje que tenía *El Morrocoy Azul*, casi todas las ganancias se gastaban en el pago de la imprenta. Y se fue a Estados Unidos a comprar unas máquinas. Eran los tiempos de la guerra. Varios diarios pro fascistas habían quebrado y estaban liquidando sus maquinarias. Me telegrafió preguntándome si me atrevía a fundar un diario. Y ante mi respuesta afirmativa compró las primeras máquinas. (...) Se puede decir exactamente, que mi padre, Antonio Arráiz y yo fuimos los tres fundadores” (Entrevista con Evaristo Marín. *El Nacional*, 3 de agosto de 1975).

Pero “las duras circunstancias que rodearon la fundación de *El Nacional*”, como bien lo dice MOS, no auguraban una prosperidad inmediata:

Nos metimos de rondón en un oscuro barracón de dos pisos que había sido casa de vecindad o algo más turbio. Aquel remedo de rotativa daba lástima, aquellos linotipos oxidados eran artefactos de desecho. El mundo vivía la etapa más furibunda de la guerra mundial. Los submarinos alemanes torpedeaban los barcos que transportaban la tinta y el papel. Crear un periódico bajo aquellas condiciones y con tan rudimentarios elementos parecía una insensatez. Toda la gente circunspecta del país nos auguraba un presto y estruendoso fracaso". (...) La cuadra donde nació *El Nacional*, cien metros ruidosos entre las esquinas de Pedrera a Marcos Parra, era una calle angosta y de colmado tránsito. En su macadam desembocaban los automóviles que provenían del túnel del Calvario, rodaban carretas y carretillas afanosas, desfilaban resignadas recuas de burros. Desde nuestros balcones se vislumbraban tres botiquines, una farmacia y un policía de punto. A un costado de nuestra sede funcionaba una casa de citas cuya regente, la señora Ignacia, ardiente aficionada a la fiesta de los toros, regalaba botellas de ron a nuestros reporteros... (*Escritos periodísticos, selección de Jesús Sanoja Hernández*).

En el primer número de *El Nacional*, escribió un artículo titulado "El Ocaso de un farsante". 'Meglio vivere un giorno d'leone que cento anni da pecora' sobre el dictador italiano Benito Mussolini, a quien se le atribuye la frase. De éste decía que era "sin duda alguna, uno de los farsantes más grandiosos que ha producido el género humano. Histrión admirable, actor de gestos solemnes y palabra sonora, iqué gran luminaria perdió el teatro italiano el día en que el joven Benito Mussolini, hijo de un herrero socialista, le dio por la política y ahogó el genio dramático que vivía en su pecho!"

Y sobre el fascismo denunciaba que era "una gran farsa en su pensamiento teórico, y una gran farsa en sus escenarios y ceremonias políticas. La teoría fascista pretende autodefinirse como 'Revolución' y como 'doctrina anticapitalista', cuando no es otra cosa que medida de emergencia para aplastar la revolución, y la expresión política de un capitalismo monopolista, centralizado e insaciable. Y esa medida teórica se presentaba ante Italia, en su aspecto decorativo, sobre un fondo de camisas negras y uniformes vistosos... Hubo quien creyera que Mussolini había salvado a Italia y encontrado la expresión política del espíri-

tu italiano. Fueron los espectadores que estaban empeñados en congraciarse con los empresarios del espectáculo. Porque aquello nada tenía que hacer con Italia, ni con el alma italiana, ni con la esencia del pueblo italiano”.

Como puede inferirse de las palabras de este primer artículo, la orientación democrática y renovadora del periódico quedaba perfectamente definida. Como ya lo dijimos, MOS convocó el nacimiento de un periódico con la necesidad de presentar y asumir la razón real de las cosas que estaban sucediendo aquí y en el resto del mundo, porque no ubicar nuestra propia vida en el escenario mundial, que era lo propio porque ya la economía venezolana se transnacionalizaba en su relación con el petróleo y las grandes compañías manejaban el negocio a escala planetaria, era perder el tiempo y ya, desde Gómez, lo habíamos perdido suficientemente.

Pero la condición para que esto se cumpliera era que el peso de la verdad de lo que se fuera a decir recayera, en primer lugar, sobre los periodistas, como una responsabilidad cotidiana que no podía ser evadida. Esto nunca fue ni será una tarea fácil. “Un periódico no se construye con dinero, ni con rotativas, ni con relaciones comerciales que garanticen la afluencia de avisos, ni con protección gubernamental. Un periódico se construye con hombres. Todas las ventajas y privilegios quedan reducidos a ceniza si no está presente un puñado de periodistas con capacidad profesional, calidad humana y amor a su oficio, que sepan interpretar los sentimientos populares, que se lancen con audacia a la búsqueda de la noticia... qué peleen con bravura por hacer de su periódico el mejor informado y el de miras más altas”. Esto lo dijo MOS en la introducción de un hermoso recuerdo escrito en honor de José Moradell, el legendario jefe de redacción de *El Nacional*, catalán de pura cepa, un 3 de agosto de 1980.

Y en verdad, sólo la solidez ética y el espíritu de equilibrio pueden alejar claramente el oficio (o la faena) de informar más allá de los intereses particulares, tanto de los gobiernos como de los gremios o los empresarios. Acaso fue ese espíritu de reto y aventura (testimonios

sobran de su comportamiento personal al combatir el gomecismo) lo que guió posteriormente el desafío de informar en una Venezuela que intentaba crecer en su horizonte democrático. Lo necesario y lo pertinente era abrir un espacio nuevo a la información, entendida como una necesidad social en tanto dejara atrás la exageración de los pareceres políticos y reubicara al país dentro de una perspectiva que permitiera imaginar otras realidades.

De allí que las noticias, como bien supo avizorarlo, se volvieran necesidades políticas y compromisos de vida. Cuando estas cosas ocurren (o concurren) en tiempos de desafío histórico, hacer periodismo conlleva audacia y valentía, apoyado en nuestra propia conciencia ética y profesional. Pero también, como lo entendió, había que aprender a decir las cosas de otra manera porque, en el horizonte de los acontecimientos, nadan otros lectores, exigentes y reacios a ser conducidos por una sola senda. Ser consciente de ese equilibrio, de esa objetividad de enfoque, colocó a *El Nacional* desde su nacimiento en una gran encrucijada.

Miguel Otero Silva sabía que cualquier periódico era lo suficientemente frágil respecto a lo que tenía ante sí: la maquinaria poderosa del poder. De forma que había que ser altivos, desafiantes o moderados, según la oscuridad de las libertades, para fortalecerse tanto en su propia estima como en la de los lectores, pero sin dejar de decir nunca la verdad necesaria y evidente, a cualquier costo. Esto significaba (y significa en la actualidad) una batalla permanente por responder a quienes entienden a *El Nacional* como una referencia genuina, insoportable y honesta.

Esta visión no nació ahora, ni puede referirse a un tiempo histórico en especial: el legado de Miguel Otero Silva está vigente. Está claro que existió un periodista que supo ser un creador de realidades, un hombre que se detuvo frente a ellas para alimentar sus ficciones y, a la vez, para darles forma concreta en un medio periodístico diferente a los demás. Esto último permitió que se pronunciaran verdades y certezas a pesar de las estaciones de la dictadura o de las transiciones de la democracia. Puede decirse en este momento que Miguel Otero Silva

vivió como periodista un desafío, y que su propuesta de acercarse siempre a la verdad sin ambigüedades sigue teniendo esa razón de principio: hay que incorporar la realidad a la noticia, sin sojuzgarla al poder.

Atrevimiento hubo en ello porque asumió este oficio como un deber indeclinable, porque unía en sus adentros la necesidad de la palabra presente, incesante y rotunda, que podía estar en la novela que imaginaba y cargaba consigo sin decirlo, o también (como lo supimos) levantarse y revelarse, luminoso y lacerante, una mañana en la batalla diaria de los periódicos. Sin el periodismo, Miguel Otero Silva no hubiera podido iniciar la búsqueda de ese país posible que tanto quería. Tampoco imaginarlo e interrogarlo en sus novelas.

Hubo de compartir los quehaceres. De hecho, tenía ese país soñado muy adentro y le dedicó tiempos alternos. Se necesitaba un diario, un pensamiento, una línea de actuación que sirviera de vida. No existían ejemplos a la mano y era obligatorio tener el coraje del innovador. También se necesitaba el mismo coraje para novelar la historia reciente de la cual era protagonista. A la hora de la ficción se distanció de cualquier rencor o parcialidad mezquina apelando a la técnica del periodismo de investigación: se fue a los sitios, recobró frases y palabras, anudó en una trama la memoria desvanecida de los actores colectivos. Como el periodista genuino que era, se atenía a los hechos para luego reinventarlos sin quitarles su impresionante verdad. Por ello hay una concordancia histórica en sus personajes: pasado el tiempo, son tan ciertos en el momento en que nacieron como en el que vivimos ahora.

El Nacional no podía ser un periódico más: nacía obligado por unas circunstancias históricas que se reflejaban en la conciencia política y social de su fundador. El compromiso, además, señalaba la renovación en la forma de informar, y esa innovación era rebeldía, rechazo y fuerza de actuación para un nuevo lector que no se complacía en los voceros del poder existentes. Sin sentir la pasión profunda del periodista que se asoma intrépido a los nuevos tiempos, no era posible crear una alternativa periodística real y moderna, ejercida con genio e ingenio de oficio. Tampoco podía faenarse la ilusión de un diario moder-

no sin apartarla de la soledad del proyecto individual o hacerla trascender más allá de la tribuna particular. Había que atreverse a la fatiga de la controversia y ser, a la vez, escenario de ella.

Por iniciativa de Miguel Otero Silva, *El Nacional* fundó la tolerancia de ideas en sus páginas, lo que significaba convocar pensamientos irreductibles que, en otros tiempos, se hubieran ubicado en un diario determinado según su inclinación política o religiosa. Esta posibilidad de asentarse en un mismo terreno abría nuevos espacios para compartir pensamientos y polémicas en un diario singular. Nadie estaba habituado a ello... pero funcionó.

Para una sociedad que se estaba buscando a sí misma, el intercambio de ideas era fundamental. Y así fue.

No pudo escoger un momento mejor: agosto de 1943, tiempo de esperanzas en ruinas y de guerras infernales. Pero avizoró que los tiempos que llegaban exigían otros mensajes para los lectores, ágiles y genuinos, liberados del fatalismo político opositor y del rastacuerismo de los escribanos oficiales. La gente quería no sólo agilidad a la hora de enterarse, sino también una autenticidad que naciera de la objetividad. MOS supo dar ese paso.

En un artículo aparecido el 29 de septiembre de 1976 y titulado “La dirección de *El Nacional* no es un lecho de rosas”, afirmaba que este diario era desde su constitución misma

... una empresa periodística muy sui generis, tan sui generis que un buen número de personas, de dentro y de fuera de nuestro país se resisten suspicazmente a aceptar como reales sus principios y sus estructuras. Los periódicos diarios del mundo entero, caben por lo general, dentro de una de las tres siguientes categorías: a) los diarios políticos, nacidos para expresar las opiniones de un partido o de una personalidad con ambiciones de poder; b) los diarios establecidos como industrias empresariales, que son los más sólidos en los países del mundo occidental, y en los cuales sus accionistas designan una dirección y una administración acordes con sus intereses particulares; y c) los diarios pertenecientes a una misma familia, que son los más corrientes en América Latina, y cuya línea política y periodística es fijada y mantenida por el jefe de dicha familia.

Sostengo paladinamente que *El Nacional* de Caracas no debe ser incluido en ninguno de esos tres géneros. Ni siquiera en el tercero, no obstante que todas sus acciones son propiedad de una familia que en su seno no reconoce jefe y que, por añadidura, ha estado siempre caracterizada por sus opiniones políticas diversas.

En lugar de adoptar uno de los tres modelos típicos de diarios que he mencionado, *El Nacional* ha estampado en su estatutos las reglas peculiares que rigen su acción y su existencia, reglas que le otorgan al Director la facultad legítima e inalienable de determinar la orientación política e informativa de la publicación...

La estrategia elemental de los agentes de la presión, que ha sido empleada testarudamente durante treinta y tres años, puede ser reseñada a grandes rasgos de la siguiente manera: los agentes de presión del gobierno de turno hacen cargo de oposición sistemática al Director de *El Nacional* con el objeto de amedrentarlo y lograr de él un mayor volumen de información favorable a la actuación del equipo gubernamental. Los agentes de presión de los partidos de oposición hacen cargos al Director de *El Nacional* de parcializado en pro del gobierno, de lisonjero, ante los mandatarios, con el objeto de lograr de él un mayor volumen de información hostil al régimen que impugnan. Los agentes de presión de la derecha económica hacen cargos (...) de inclinaciones comunizantes, y de repente amenazan con un boicot publicitario, con el objeto de acobardarlo y lograr de él un mayor volumen de información (...) contrarias a los países y partidos regidos por la doctrina marxista (...) Los agentes de presión de la extrema izquierda hacen cargos (...) de testaferrero imperialista o de instrumento reaccionario, con el objeto de apocarlo y lograr de él un mayor volumen de información útil a la ideología izquierdista.

Para finalizar habla del temperamento que debe tener un director de periódico y recuerda una frase atribuida a Víctor Hugo: “es más fácil ser débil que ser justo”. “El Director de *El Nacional* adquiere el compromiso de ser justo y, para cumplirlo, renuncia a las facilidades de ser débil”.

Primer aniversario

El jueves 3 de agosto de 1944, cuando *El Nacional* arribó a su primer año, el poeta Antonio Arráiz, su director, escribió sobre las circunstancias internacionales y nacionales con las que coincidieron los inicios

del periódico: la guerra mundial y sus devastadoras consecuencias y la situación en Venezuela, que veía plena de esperanzas. “Está planteada en la actualidad –dijo– una de las situaciones más definitivas que registra la historia nacional con precedentes sólo equiparables a los años genésicos en los que se lucha por la independencia o la de los años terribles en que se lucha por el triunfo social de las aspiraciones populares encarnadas esos días en los ideales románticos del liberalismo: y los resultados de esta época, como en aquellas dos ocasiones, están indicados para influir durante mucho tiempo en el futuro de la nación, en el futuro de los venezolanos”. Durante ese año el periódico no había traicionado la orientación de objetividad e independencia a la hora de reseñar los acontecimientos: “se ha esforzado por reflejar en sus columnas, con ese espíritu de objetiva independencia que es la característica del periodismo moderno, una y otra situaciones”.

Luis Barrios Cruz, en esa misma edición aniversario, hacía un “análisis global” de la actuación de la prensa en el transcurso de esos 365 días y reconocía que había experimentado un “adecentamiento”, una eficacia comunicativa, unos anhelos de superación en lo cual, sin reservas, *El Nacional* había sido un excelente portaestandarte.

El día siguiente, 4 de agosto de 1944, se reseñaba el brindis que tuvo lugar con ocasión de la fecha aniversario, al cual asistieron políticos, artistas y personalidades de la sociedad caraqueña, quienes fueron recibidos por su director Antonio Arráiz y el jefe de redacción, Miguel Otero Silva. Entre las personalidades estaban el Ministro de Hacienda, Rodolfo Rojas, el gobernador del Distrito Federal, Diego Nucete Sardi, Jóvito Villalba, Andrés Eloy Blanco, el Encargado de Negocios de Suecia, el Cónsul de Noruega, el Embajador de México, el Agregado Cultural de la Embajada Norteamericana, el poeta Fernando Paz Castillo, Pascual Venegas Filardo, Monseñor Pellin, Juan de Guruceaga. Todo esto nos da hoy una idea no sólo de la referencia que tuvo el diario en los diversos sectores de la sociedad, sino de la amplitud de la acogida que tuvo entre los venezolanos.



Miguel Otero Silva con José Moradell, veterano Jefe de Redacción de *El Nacional*.
(Foto, cortesía de Marilda Vera)

De un golpe **al otro**

Si bien *El Nacional* como periódico va a imponer un estilo nuevo y moderno de informar desde 1943, con una concepción distinta a los diarios venezolanos que circulaban en ese momento, también va a proponer una forma diferente de hacer periodismo de opinión abriendo sus espacios a articulistas nacionales e internacionales de todas las tendencias democráticas existentes. A la vez, siembra en sus páginas una suerte de editorial condensado y lleno de humor: la mancheta, cuyo gran artífice inigualable fue, desde su fundación, Miguel Otero Silva.

Pero este novedoso diario no va a esquivar sus grandes responsabilidades políticas frente al país. Al contrario, sus fundadores sabían que tenían ante sí una nación hundida en grandes dificultades, no sólo las económicas y políticas, sino las inmensas exigencias sociales que eran quizás las que más impulsaban la crisis institucional. Por encima de las pretensiones populares, e incluso en nombre de ellas, las clases medias se sentían en la obligación de exponer colectivamente sus aspiraciones de poder. Se trataba de un sector recién ilustrado en la modernidad y, como tal, inquieto ante la velocidad de los cambios que debían inevitablemente producirse. De allí que surgiese una política de

alianzas, por una parte, del Partido Comunista con el gobierno de Medina. Y, por la otra, de la dirigencia de Acción Democrática con los jóvenes oficiales de las Fuerzas Armadas, la mayoría de estos últimos, civiles y militares, provenientes de la pequeña burguesía interiorana.

Lo relevante es que en esta época tan difícil y ajetreada, MOS desempeña su papel de periodista en *El Nacional*, *El Morrocoy Azul* y *Aquí está...!*, sin dejar de participar en la política diaria. Por ejemplo, cuando la Gobernación del Distrito Federal dictó un decreto mediante el cual se disolvía el Congreso de Trabajadores, y luego vino otro, emanado del Ministerio del Trabajo, disolviendo un centenar de organizaciones comunistas, salta de inmediato una polémica entre Rómulo Betancourt y Miguel Otero.

Resulta importante reseñarla porque, de alguna manera, va a ser la confirmación pública de dos caminos contrapuestos hasta el final de sus días. MOS le reprocha a Betancourt que AD se hubiese trazado el objetivo de crear una Central de Trabajadores paralela, como ya lo habían hecho con la FEV: “los hechos me han convencido de que, por lo menos un sector influyente de Acción Democrática se ha trazado ese plan divisionista (...) Y yo me pregunto, y le pregunto a los hombres honrados, capaces e interesados en el logro de una vida mejor para el pueblo venezolano, ¿adónde nos lleva la división del movimiento juvenil, del movimiento obrero? ¿Quiénes se benefician con esta dispersión de las fuerzas democráticas del país?” (Miguel Otero Silva, “Ante la disolución de los sindicatos”, *El Nacional*, 26 de marzo de 1944. En Manuel Caballero, *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela*).

Más adelante, MOS recuerda que durante el gobierno de Medina había existido libertad de pensamiento y libertad de prensa, y que en cuanto a la política internacional en el marco de la Guerra Mundial, había propiciado la ruptura “con los bandidos del Eje” y no se debía olvidar “que el Presidente ha prometido el voto directo”.

Ya para octubre de 1944 la crisis política se ha profundizado tanto que el 6 de ese mismo mes aparece un documento en respaldo a la

gestión del presidente Medina suscrito por un grupo de escritores y artistas entre quienes se encontraba MOS:

Sr. Presidente: en el convencimiento de que nos encontramos en un instante de excepcional gravedad histórica para Venezuela, en el cual se hallan en juego factores decisivos que determinarán posiblemente el proceso evolutivo de nuestras instituciones democráticas durante muchos años, los suscritos, escritores, y artistas venezolanos, conscientes de la honda responsabilidad que nos incumbe, hemos creído un deber ciudadano el de enviarle a usted la presente comunicación, con el objeto de, por una parte, testimoniarle el sentimiento de aprobación con que hemos venido siguiendo la línea política de su gobierno.

La carta culmina con la consigna: “Con el presidente Medina contra la reacción” (Héctor Campins, *El presidente Medina, de la represión a la libertad*).

El 19 de octubre de 1944, en el marco de la campaña electoral, tiene lugar un mitin en el Nuevo Circo para sellar la alianza del partido oficial –el PDV– y el Partido Comunista, U.P.V. Entre los oradores de ese día figuraba Miguel Otero Silva. Ese mismo mes se enfrenta con el candidato de Acción Democrática, el novelista Rómulo Gallegos, en sendos artículos de prensa.

Pronto, un sector de oficiales de bajo rango, entre quienes se encontraba Marcos Pérez Jiménez, contando con la anuencia de un grupo de civiles liderados por Rómulo Betancourt, acuerdan dar un golpe de Estado contra el gobierno de Medina y lo deponen. Inmediatamente se conformó una Junta de Gobierno integrada por el propio Betancourt quien la presidía, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa, junto a los militares Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas.

Como bien señala Jesús Sanoja Hernández en un sustancioso recuento de aquellos años, “la defensa que hizo Otero Silva de los avances democráticos durante el régimen de Medina no significó que ello se convirtiera en ataques al proceso civil-militar de 1945-1948”. Pero nunca se recuperó del dolor de aquellos momentos, en especial, porque estaba

completamente seguro de que aquella alianza cívico-militar iba a terminar en un espantoso retroceso militarista.

Otra muy diferente –recuerda Sanoja– fue “su posición frente al régimen surgido con el golpe del 24 de noviembre de 1948, que puede definirse en tres momentos: petición de libertad para los presos políticos y para el ejercicio del periodismo (1949), resistencia a las medidas tomadas por la Junta Militar contra el periódico (1950) y acceso plural, con inclusión de columnistas desafectos al régimen y hasta en el destierro (1950-58), así como de valores internacionales como Neruda, Guillén, Alberti, Bergamín, Arciniegas” (Vida y obra, estudio introductorio a *Casas Muertas*, Biblioteca Miguel Otero Silva, Libros de *El Nacional*).

Sin embargo, paulatinamente se fue alejando de la militancia partidista, y en 1946 se separa del Partido Comunista de Venezuela, manteniendo siempre una línea independiente y revolucionaria. Tal como lo había previsto, el golpe militar que depone a Rómulo Gallegos se ensaña contra las garantías democráticas y la libertad de expresión. Según relata Oscar Guaramato “es obligado a marginarse de la acción política. Sería blanco de detenciones y persecuciones... y en tres oportunidades *El Nacional* es clausurado”. Tras un incesante acoso policial viaja al exterior. Pero cuando cayó Pérez Jiménez, “él estaba preso en la Seguridad Nacional de donde fue liberado por el pueblo”.

Es mucho lo que se ha escrito sobre el protagonismo jugado por *El Nacional* en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez, y es justo que se le reconozca también a sus reporteros y fotógrafos, empleados y obreros, la valentía con que supieron enfrentar la censura y la represión. No otra cosa distinta puede decirse de sus directivos, quienes fueron a dar con sus huesos a la cárcel, entre ellos su fundador Henrique Otero Vizcarrondo y Alejandro Otero Silva, entre tantos otros, así como sobre quienes durante esos duros años les correspondió ejercer la dirección del diario de Puerto Escondido.

Con la llegada de la democracia en 1958 y la convocatoria a elecciones para elegir tanto al Presidente de la República como a los nuevos

parlamentarios, el partido Unión Republicana Democrática, URD, le ofrece a Miguel Otero Silva la candidatura a Senador por el Estado Aragua, y es electo con amplio respaldo. Era evidente que su experiencia y su vocación política iban a resultar inestimables durante este período que nacía como una gran propuesta unitaria de todos los sectores democráticos y que luego, por desgracia, se habría de ir desplomando hasta convertirse en un tramo violento y divisionista, de grandes heridas en la vida de los venezolanos. En el Congreso pondría su empeño en lograr, como “hombre-Congreso”, un entendimiento entre las entonces irreconciliables posiciones del gobierno de Betancourt y de la izquierda en armas: magnífico esfuerzo que culminaría frustrado por los sucesos de El Encanto y la prisión de los parlamentarios de izquierda. “Más tarde –acota Jesús Sanoja Hernández– a poco de iniciarse el gobierno de Leoni, quien era primo suyo, pronunció un discurso en el Concejo Municipal de Caracas, con motivo del Día de la Juventud, en el que reiteró esta obsesiva pasión rectificadora. En vano”.

Siempre le obsesionó la idea de permitir un acercamiento entre esas dos Venezuela que, en ese momento, estaban cerradas a la palabra y al entendimiento. Por ello fue víctima de los ataques arteros de unos y otros, desde la derecha recalcitrante hasta la ultra izquierda. Incluso, desde Cuba, un sector de la revista *Casa de las Américas* lanzó una campaña contra Pablo Neruda y contra él por no respaldar la línea de lucha armada que se intentaba imponer en el continente. Del otro lado, los sectores más conservadores iniciaron un boicot publicitario contra *El Nacional* porque este diario se negaba a convertirse en un vocero anticubano. Pero eso hubiera sido romper con la línea editorial que señalaba (y señala hoy) la prioridad de mantener siempre la objetividad y la imparcialidad para poder ofrecer diversas perspectivas al lector, quien debe sacar sus propias conclusiones.

Finalmente, Miguel Otero Silva debió dejar la dirección del periódico, y un grupo de redactores fue cesanteado: “En nombre de la propiedad privada ime sacan de mi propiedad privada!”, exclamó MOS con lógica aplastante. Desde luego que fue un triunfo pírrico porque *El*

Nacional se asentó con mayor fuerza entre sus lectores, quienes entendieron la solidez y el coraje de un periódico que estaba más allá de los intereses de los gobiernos.

No obstante, aquellas tempestades trajeron, a su arrollar, también buenos momentos. Una serie de directores hicieron presencia en *El Nacional* siguiendo la tradición de Antonio Arráiz, de Reyes Baena y de Rivas Mijares en el pasado. Destaquemos, entre tantas y muchas figuras que merecen ser nombradas, tres fundamentales: Arturo Us-lar Pietri, José Ramón Medina y Ramón J. Velásquez. Cualquiera de ellos resultaría inestimable en su momento para dirigir algún prestigioso medio de prensa de América Latina. En el caso del ex Presidente de la República, Ramón J. Velásquez, hubo de ejercer el cargo en dos oportunidades, dejando huella y escuela, visión presta e inmediata del presente y respaldo del pasado histórico.

Todos fueron sus grandes amigos, y su admiración y respeto por ellos devenía en grado sumo del concepto que siempre tuvo de la amistad. “Entrañable fue su relación con Neruda, a quien acogió en el diario en la etapa persecutoria de González Videla, y habitual huésped suyo en su casa de Caracas o en «el castillo de Arezzo» que compartía con Abel Vallmitjana. Igual la mantuvo con Rafael Alberti, sobre todo en el desierto italiano, y a quien, como a Asturias, sirvió de anfitrión en sus visitas a Venezuela. A Carpentier lo quiso como a pocos, e igualmente a Nicolás, que era como mentaba a Guillén. Amigos posteriores fueron García Márquez, Carlos Fuentes y Juan Rulfo y, desde mucho antes, Juan Marinello y Juan Bosch”. Así se refiere con extrema fidelidad a los hechos Jesús Sanoja Hernández, y en este caso sólo aclararíamos el detalle de que las comillas del castillo de Arezzo se corresponden con que era una “villa italiana”, distinta a cualquier castillo o cosa parecida.

Era, desde luego, una casa de campo en las afueras de Arezzo, con una veintena de habitaciones, una *piccola* casa para el *contadino* y su familia, un olivar y un huerto que proveía aceite y vegetales frescos a la cocina. Hizo de los alrededores de Arezzo el lugar habitual de su

inmensa curiosidad por la pintura, y adoptó a Piero della Francesca como su pintor favorito: desde la “Madonna del parto”, pintada en una pequeña capilla del camino, al impresionante fresco de la resurrección de Jesús, a la vista en el pueblo de San Sepolcro (que luego incluyó como portada de *La piedra que era Cristo*, en su edición de lujo publicada por *El Nacional*).

En cuanto a que el fantasma de Ludovico se paseaba por los pasillos de la Villa de Arezzo era, a no dudarlo, una broma de MOS para con sus invitados, ya que él mismo y Abel Vallmitjana arrastraban cadenas en la noche para crear un escenario terrorífico. Lo demás es parte de la frondosa y sabrosa imaginación de García Márquez, quien convirtió a Ludovico en un personaje famoso. Estos gestos de humor para con los amigos estuvieron a punto de causarle un grave problema con Pablo Neruda, cuando éste recibió el Premio Nóbel de Literatura. Miguel Otero no concibió otra cosa que enviarle telegramas y mensajes postales anunciándole que, en el momento de la magna ceremonia, un enemigo fanático entraría con unas tijeras enormes a cortarle la parte posterior del frac. Neruda, atemorizado, alertó a la policía y se descubrió que toda la trama estaba en manos de uno de sus invitados personales.

Sería injusto no recordar que entre sus mejores amigos en Venezuela estuvieron Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, por quienes sintió una admiración que no tenía límites. Igualmente, y como lo señala Sanoja Hernández, “hacia sus compañeros de generación y algunos otros que se fueron añadiendo: Isaac Pardo, Francisco Vera Izquierdo, Jóvito Villalba, Carlos Eduardo Frías, Inocente Palacios, Carlos Irazábal, Alejandro García Maldonado, Elías Toro, Isidro Valles y Kotepa Delgado”.



Miguel Otero Silva con Rómulo Gallegos



Miguel Otero Silva con Pablo Neruda y Abel Vallmitjana

Se hace camino **al andar**

Refiere Oscar Guaramato, al celebrar en un puntilloso artículo los sesenta años de su primo Miguel Otero Silva, que *Agua y Cauce*, “primer poemario de Miguel Otero Silva, aparece en México, en 1937 y que *Fiebre*, su inicial novela, se publica en Caracas, en 1939. Una cuidadosa selección conforma *25 Poemas*, en 1942”. Hasta aquí había mantenido MOS una permanente preocupación literaria que iba más allá del periodismo pero que, luego, se vería envuelta y enterrada por este oficio hasta entrada la década de los 50, cuando aparece *Casas Muertas*, “la segunda novela, que circula en 1955, y ha sido impresa, hasta el año pasado, en veintitrés ocasiones. Un curioso collage forman las traducciones de esta obra al francés, italiano, búlgaro, ruso, sueco, checo, estoniano, polaco, portugués, etcétera”.

Lo cierto es que su vuelta a la novelística debe engarzarse con una comprensión real de su tiempo histórico, de su rol como testigo excepcional no sólo de una época sino de un país que aceleradamente se tornaba urbano, y que con ello iba borrando para siempre un paisaje histórico y unas vidas que sólo permanecerían en el relato oral de los sobrevivientes. De allí su interés por fijar sus novelas en la experiencia de los testigos, pero no como un expediente judicial sino como una

memoria que en tanto es recordada y reinventada se vuelve imaginaria y, por ende, aventura propia de cada lector y de cada protagonista.

Luego aparece *Oficina N° 1* en 1961, que urbaniza las experiencias de quienes dejan atrás el campo y se interna en los enclaves económicos de las empresas transnacionales. En el fondo, se puede decir que la novela se extiende sobre el traspatio psicológico (nunca revelado expresamente) de un país al cual le cambian las reglas de vida, y que como tal debe reconstruirse a sí mismo, frente a otras normas culturales que tienden a disminuirlo en lo humano, cuando no en el conocimiento propio de los signos de la supervivencia extrema: termina por ser una forma de resistirse a cualquier humillación externa.

“Las versiones de *Oficina N° 1* al checo, al ruso y al polaco forman un solo volumen con *Casas Muertas*. En 1963 “entrega una cuarta novela, *La Muerte de Honorio*”, precisa Guaramato. Esta es una obra puntual porque a la vez se trata de un grito de protesta y de denuncia, y también de un testimonio de la valentía de los venezolanos ante la represión y las amenazas de muerte proferidas desde el poder. En sus páginas ha quedado el testimonio directo de Luis Miquilena, recogido como un acto rotundo de resistencia. “Y luego la prosa otra vez en *Cuando quiero llorar no lloro*, salida de imprenta en 1970, con ocho ediciones al cerrar 1975”. No se queda allí, sino que busca de nuevo en la historia pretérita de esta tierra otras alusiones a la tragedia de nuestros pueblos, al encandilamiento de los sentidos y a la fabulación de la realidad que posee a quienes adquieren, sea breve o no, el sentido del poder. Nace así *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, una obra alucinante en tanto que desconoce los tiempos y se le quita identidad lejana a la crueldad, haciéndola instantánea y cotidiana, porque ella surca indiferente como un río en nuestras vidas.

De pronto aparece con una obra singular que coloca a todo el mundo en una incógnita: *La Piedra que era Cristo*. Aunque la novela *El Tirano Aguirre, príncipe de la libertad* (en cuyo texto estuvo trabajando unos cinco años) iba a significar el grado extremo de su pasión por desandar los pasos de la realidad y su obsesión por rastrear en el pre-

sente las huellas del pasado –incluso revisando en un viaje con Sanoja Hernández parte del curso del río Amazonas–, en *La Piedra que era Cristo* cambia drásticamente de método. La trayectoria de sus personajes, a menudo vistos como parte de un inmenso mural de la historia contemporánea de Venezuela (como bien lo anota Alexis Márquez Rodríguez) ya no volverán a ser los mismos. Se sumerge en los textos cristianos, en las referencias de otras culturas de la época y, desde luego, en la monumental iconografía europea que sigue y resguarda la zaga de Jesús de Nazareth en museos, galerías y catedrales. Este giro le preocupaba al punto de que, pocos días antes de su muerte, me insistió en concertar una reunión con Alexis Márquez, quien no estaba en Venezuela, pero cuya opinión sobre su última novela esperaba con especial cuidado y atención.

Lo cierto con respecto a *La Piedra que era Cristo* es que jamás fue a Israel, y no porque le faltaran ganas de hacerlo: un imprevisto de última hora se interpuso para impedir este deseo. Y sin embargo, cuando me tocó recorrer la tierra de Israel no pude menos que sorprenderme por el conocimiento minucioso del terreno de los hechos que MOS recrea en su obra, del suave arrastre del viento y de la tersura de las tardes, de las noches inmediatas y de la profunda religiosidad que brota de la tierra. Al comentarle esto a una amiga judía que reside en Jerusalén, me contestó que igual le había ocurrido a ella al leer el libro, y que sólo notó una breve incongruencia en una línea referida al desierto.

El hombre **solitario**

Pocos aspectos de la vida se ocultaron a su interés: fue en su país académico de la Lengua y, además, miembro correspondiente de las Academias de España y Uruguay. Impulsó la formación de la Asociación Venezolana de Periodistas (AVP) y luego le tocó presidirla. Igualmente, participó en el primer curso de rango universitario de periodismo y se graduó en la promoción “Leoncio Martínez”, de la UCV, junto a María Teresa Castillo, su esposa desde 1946. Luego casó en segundas nupcias con Mercedes Baumeister, con quien compartió sus últimos días.

Alérgico a los reconocimientos oficiales, recibió sin embargo tanto el Premio Nacional de Literatura como el Premio Nacional de Periodismo, así como numerosas condecoraciones de gobiernos latinoamericanos y europeos.

Fue un “apasionado por las artes plásticas y un maniático coleccionista de pinturas y esculturas”, según recuerda Oscar Guaramato, y además fue jurado y crítico de arte, y entregó valiosas donaciones al Museo de Bellas Artes de Caracas y al Museo de Barcelona, su ciudad natal. No hay que olvidar su indispensable participación en la creación del INCIBA, del Conac y de la Galería de Arte Nacional. En una carta a

su esposa María Teresa le cuenta, en julio de 1950, lo siguiente: “Estuve en Pisa, en Siena, en San Geminiano y en Florencia de nuevo. La catedral de Siena es una de las cosas más asombrosamente bellas que tiene Italia”. Y más adelante, al llegar a Venecia, le cuenta: “La Bienal de Venecia es extraordinaria; con cuadros de los más notables pintores de casi todos los países del mundo. Como sabes, Matisse ganó el premio. Pero la revelación han sido los mexicanos, en particular Siqueiros...”.

Si bien su pasión por los juegos de azar era famosa por la suerte que exhibía al ganar, también era reconocido como “un hípico irredento”, a quien le apasionaba el estudio de las carreras de caballos. Dice su primo Guaramato que “el castigo que cuando niño le imponía su padre, si hacía alguna barrabasada durante la semana, era impedirle ir al Hipódromo el domingo”. Sus mejores caballos fueron “Lérida”, “Tamango”, “White Face” y “Tom Thumb”, y llegó a ser incluso un distinguido miembro del Jockey Club de La Rinconada.

Siempre fue un autor que se mantuvo fiel a ciertas constantes creativas pero que no temió dar virajes y asumir retos imprevistos. ¿Cómo explicar que expusiera en 1958 su llanto íntimo en la sorprendente *Elegía Coral a Andrés Eloy Blanco*, rompiendo todos los moldes de su producción anterior? Y en 1965 entrega lo que es sin duda una obra definitiva, *La Mar que es el Morir*, que revela los asombros de la madurez de un poeta que seguía siendo un hombre tímido ante sus propias sombras:

*He muerto tantas veces
que ya el morir es desplegar un vuelo.*

(...)

*He muerto tantas veces
que ya el morir es remontar la vida.*

El día de su muerte, el 28 de agosto de 1985 al mediodía, escribí para *El Nacional* una nota que, en medio del caos y el dolor que recorría toda la redacción, pude hilvanar a duras penas. La encabecé con una frase de Octavio Paz: “Pero el hombre es finito y no se repite”.

La repito ahora, para finalizar esta biografía, porque Juan Liscano tuvo la generosidad de llamarme al día siguiente y darme unas palabras de aliento sobre este texto:

Una tarde, casi noche, vi su tránsito entre la redacción solitaria, como recogiendo pasos invisibles y huellas de memoria desandadas. Miraba el suelo e imaginaba a los que ya no estaban, y entonces fatigaba prisas interiores de tiempos verdaderos que luego se le habían negado. Supe así que presagiaba la muerte y lo envolvía la certeza de los que admiten que van a morir. Pero, en su exterior, nada lo denotaba. Su humor definitivo, su risa inconfundible que provocaba imitar, coronaba cada visita y uno se decía que a esos años la pasión de vivir se le agigantaba. Apasionado de la anécdota solía relatarlas una tras otra y era prodigioso en detalles, señales, signos y designios. Contrariamente a lo que muchos erradamente querían atribuirle, era un hombre amplio, quizás demasiado, y puedo dar fe de ello. No sentí de él jamás imposiciones, a lo sumo sugerencias, ideas, simples señales a la hora de llevar a la práctica el trabajo. Pero lúcido como nadie cuando diseñaba una estrategia periodística y ojo zahorí al momento de revisar un escrito. La transformación del Cuerpo C, y en especial de su primera página, fue obra suya totalmente. Gozaba con cada artículo que aparecía allí porque personalmente había escogido a los colaboradores y se regodeaba como nadie al escribir las leyendas al pie de las grandes fotos cada tarde. Era un trabajador disciplinado que, definido el tema, subía al archivo para refrescar datos, aunque conociera perfectamente el asunto, allí en la soledad de ese departamento o en la oficina del jefe de redacción escribía empleando un solo dedo el texto. Reía muchísimo cuando el giro de una frase, o un dato bien colocado, se convertía en lanza sólida de reclamo y justicia porque imaginaba el efecto y se adelantaba a él como diciendo aquí estoy y tienen que oírme. Clases de periodismo daba sin ser pedante, como cuando sin cambiar el texto o censurar un párrafo, ante una conducta, escribía un título y aquella flecha envenenada se transformaba en boomerang. Sabía de qué lado estaba pero no le cerraba la otra orilla a los demás. Insistía con testarudez cristiana en la necesidad de la noticia, de la información del día, del tubazo. Y estaba en lo cierto. Pero, por encima de todo, gravitaba un ser tremendamente auténtico, de una condición humana excepcional, a quien resultaba muy cuesta arriba no querer. Y así lo hice. Lo digo ahora... porque en vida él no me lo hubiera permitido.



Miguel Otero Silva en la redacción de *El Nacional*.



Miguel Otero Silva junto con María Teresa Castillo, Mariana Otero y Miguel Henrique Otero.



Miguel Otero Silva en el campo de béisbol.

Semana Santa **en Macuto**

(Tomado de Sinfonías Tontas, 1942)

Carnet de un temporadista

Lunes santo

Vamos bajando por la carretera
con lentitud de torpe paquidermo
y tose el *Ford* con una tos de enfermo
pues lleva encima la familia entera:

las maletas, el nene, la niñera,
los chinchorros, el perro, tío Guillermo,
las tres sobrinas, la botella *thermo*
y mi suegra rolliza y zalamera.

En la alcabala cándidos guardianes
investigan si somos alemanes
y nos piden del carro la licencia.

Esperamos tres horas. Entre tanto
he logrado entender que al Lunes Santo
le corresponde la *Humildá y Paciencia*.

Martes santo

Jamás trajo a la costa tanta gente
la más rumbosa peregrinación:
no hay hoteles, ni casas de pensión,
ni siquiera un solar medio decente.

Todo está pleno. Con sudor paciente
vamos de puerta en puerta en procesión
y encontramos, al fin, un corralón
que nos alquilan usureramente.

No hay baño, ni lo otro. Los zancudos
clavan sus agujones confianzudos
y su música hostil que el sueño impugna.

Yo salgo al patio envuelto en la cobija
y mi silueta escuálida y canija
rememora a *Jesús en la Columna*.

Miércoles santo

Hombres, mujeres, niños en legiones
se apiñan en plazuelas y aceras:
señoras chuscas, viejas tobilleras
y fornidos bañistas mocetones.

Peñascales me pintan verdugones,
 «aguas malas» me queman traicioneras
 mientras las juventudes rocheleras
 distribuyen codazos y empujones.

En alta mar la tarde se desmaya
 y yo voy tambaleando por la playa
 con todo el cuerpo de porrazos lleno.

Bata de baño arzobispal, morada,
 llevo puesta. Y mi efigie maltratada
 es una evocación del *Nazareno*.

Jueves santo

Una Margot morena, esplendorosa,
 usa un traje de baño fulminante
 y una Beatriz mejor que la del Dante
 se sumerge en el mar como una diosa.

Una Leonor terriblemente hermosa
 lleva un pijama azul descacharrante
 y una Carmen nos pasa por delante
 goteando agua como fresca rosa.

Muchachas en sazón, primaverales,
 iluminan los puntos cardinales
 y nos colman de sol los pensamientos.

¡Oh, corazón, no te fatigues tanto!,
 no olvides que esta tarde es Jueves Santo
 y has venido a mirar los *Monumentos*.

Viernes santo

Cinco días ya cuenta mi calvario
durmiendo en una cama espermancada,
comiendo con arena la ensalada
y llevando más sol que un dromedario.

Parezco un escapado presidiario,
me levanto a barrer de madrugada,
me desayuno con agua salada
y gasto siete pesos en el diario.

Perdí la maquinita de afeitar
en el inquieto corazón del mar
y he dejado la piel en los escollos.

Es Viernes Santo. Y con perdón del Nuncio
ante mi cruel desolación pronuncio
Siete Palabras que son siete bollos.

Domingo de Resurrección

El nene, tío Guillermo, las sobrinas,
la suegra, la señora, la niñera,
vamos subiendo por la carretera
con cenizas de angustia en las retinas.

Rasguños por doquier, caras cetrinas,
quien nos mirara así mirar creyera
un hogar de aristócratas que huyera
perseguido por turbas jacobinas.

Pero mañana es lunes, ¡qué alegría!
tendré duro trabajo todo el día
y limpio me hallaré, sin una puya,
mas resucitaré con tantas ganas
que cuando a Gloria toquen las campanas
mi corazón responderá: *¡Aleluya!*

- **1908.** 26 de octubre. Nace en Barcelona, Estado Anzoátegui. Hijo de Enrique Otero Vizcarrondo, vinculado a las actividades comerciales, y de Mercedes Silva Pérez.
- **1913-1914.** Recibe las primeras letras en Barcelona, en la Escuela de Matías Núñez.
- **1914.** Se traslada a Caracas. Cursa en varios institutos de la ciudad, como en la “Escuela Normal de Hombres” y como interno en el “Liceo San José de los Teques”.
- **1922-1924.** Cursa estudios en el Liceo Caracas, dirigido por el escritor Rómulo Gallegos, donde obtiene su título de bachiller.
- **1925.** Ingresa a la Universidad Central de Venezuela para cursar la carrera de Ingeniería. Publica el poema “Estampa” en *Elite*, dirigida por Juan de Gurruceaga. Publica también en *Fantoches*, periódico humorístico dirigido por Leoncio Martínez.
- **1926.** El 9 de enero la revista *Elite* le publica varios poemas y lo presenta Fernando Paz Castillo. Continúa publicando en *Fantoches*. En agosto hace su aparición el primer número del semanario *Caricaturas* dirigido por Alfonso Larrain y Rafael Rivero, donde Otero Silva, además de tener una columna fija, “Boladas”, publica cuentos y poemas.
- **1927.** En el mes de marzo, en el Teatro Ayacucho, en el marco de una reunión de los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, resulta electo miembro de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV).
- **1928.** En enero sale el primer y único número de la revista *Válvula*. MOS se encuentra entre sus colaboradores. En el mes de febrero parti-

cipa en lo que se llamó la “Semana del Estudiante”, serie de eventos organizados por la FEV que desencadenaron una protesta estudiantil que trajo como consecuencia la cárcel para sus principales dirigentes, entre ellos Rómulo Betancourt, y posteriormente, para gran número de estudiantes entre quienes se encontraba Otero Silva, quienes por voluntad propia se entregaron a las autoridades para correr la misma suerte que sus dirigentes. El 7 de abril se cuenta entre los estudiantes que servirían de apoyo a una frustrada conjura militar promovida por un grupo de jóvenes oficiales y cadetes. Sale al exilio y, a finales de ese año, llega a Curazao procedente de Trinidad.

- **1929.** Escribe junto a Rómulo Betancourt *En las huellas de la pezuña*. El 9 de junio participa en las acciones de asalto al Fuerte Amsterdam en Curazao, acción jefaturada por el caudillo Rafael Simón Urbina, y posterior invasión a Venezuela por las costas de Coro. Logra salir ileso de esta aventura y se va al exilio. Residirá en Francia y España.
- **1930.** Reside en Cataluña un año. Despliega una intensa actividad política. Es expulsado.
- **1931.** Regresa a París.
- **1934-1935.** Reside en Trinidad
- **1936.** Regresa de su exilio y publica en el diario *Ahora*, dirigido por Juan de Gurruceaga. Tenía una columna titulada “Sinfonías Tontas” que firmaba con el seudónimo de Mickey, la última de la cual aparece el 2 de febrero de 1937. Publica en *El Popular*, órgano del Partido Republicano Progresista (P.R.P) y en ORVE, periódico de la organización de mismo nombre.

- **1937.** El 13 de marzo, el gobierno de Eleazar López Contreras da a conocer un decreto de expulsión del territorio de la República para 47 dirigentes políticos, entre quienes se hallaba MOS. Ese mismo año le editan en México *Agua y Cauce*. Sale del país y pasa una temporada en Colombia, Panamá y Nueva York.
- **1938.** Reside en México.
- **1939.** Edita su novela *Fiebre*. Publica en “Arte y Letras” de *El Universal*.
- **1940.** Continúa sus publicaciones en *El Universal*. Reside en Colombia. Regresa a Venezuela.
- **1941.** Se cuenta entre los fundadores de *El Morrocoy Azul*. Es confinado por el gobierno a su ciudad natal, Barcelona. Al asumir el gobierno Isaías Medina Angarita, cesa su confinamiento.
- **1942.** Publica *25 poemas*, una selección de *Agua y Cauce*.
- **1943.** Funda *El Nacional* junto a su padre, Henrique Otero Vizcarrondo, y Antonio Arráiz.
- **1944-1945.** Es jefe de redacción simultáneamente de *El Morrocoy Azul* y de *El Nacional*.
- **1946.** Se separa de *El Morrocoy Azul*.
- **1949.** Obtiene el título de Licenciado en la primera promoción de periodistas que se gradúa en la Universidad Central de Venezuela. Es elegido presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas.
- **1955.** Publica su novela *Casas Muertas*, por la cual obtiene el Premio Nacional de Literatura.

- **1958** Es electo Senador por el Estado Aragua.
- **1959.** Promueve desde el Senado la creación del INCIBA.
- **1960.** Se le otorga el Premio Nacional de Periodismo. Es electo miembro correspondiente de la Academia de Letras de Uruguay.
- **1961.** Publica su novela *Oficina N° 1*.
- **1963.** Publica su novela *La Muerte de Honorio*.
- **1965.** Entra en circulación su poemario *La mar que es el morir*.
- **1966.** Con José Ramón Medina como compilador se edita *Poesía hasta 1966*.
- **1970.** Publica su novela *Cuando quiero llorar no lloro*.
- **1971.** El 6 de marzo se incorpora como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.
- **1975.** Publica su obra para teatro *Romeo y Julieta*.
- **1976.** Publica su poemario *Umbral*.
- **1979.** Publica su novela *El tirano Aguirre, príncipe de la libertad*.
- **1980.** Se le otorga el Premio Lenin.
- **1984.** Publica *La piedra que era Cristo*. La Universidad de Mérida le otorga el título de *Doctor Honoris Causa*.
- **1985.** El 28 de agosto muere en Caracas.

Obras de Miguel Otero Silva

- **Agua y cauce.** Ediciones México Nuevo, México, 1937.
- **Fiebre.** Editorial Elite, 1939 (prólogo de Ernesto Silva Tellería) y Ediciones Morelos, México D. E, 1940.
- **Fiebre.** Caracas, Libros de El Nacional (prólogo de Oscar Rodríguez Ortiz), 2005.
- **25 poemas.** Editorial Elite, Caracas, 1942.
- **Casas muertas.** Editorial Losada, Buenos Aires, 1955 (cubierta de Rafael Alberti).
- **Casas muertas.** Caracas: Biblioteca Ayacucho (prólogo de José Ramón Medina), 1985.
- **Casas muertas.** Caracas: Libros de El Nacional (prólogo de Jesús Sanoja Hernández), 2000.
- **Elegía coral a Andrés Eloy Blanco.** Tipografía Vargas, Caracas, 1958.
- **Oficina N° 1.** Editorial Losada, Buenos Aires, 1961.
- **El Cercado Ajeno** (Opiniones sobre arte y política. Prólogo de Arturo Uslar Pietri). Editorial Pensamiento Vivo, Caracas, 1961.
- **Sinfonías Tontas.** Ediciones Casa del Escritor, Caracas, 1962.
- **La muerte de Honorio.** Editorial Losada, Buenos Aires, 1963.
- **La mar que es el morir.** Editorial Arte, Caracas, 1965.

- **Poesía hasta 1966.** Editorial Arte, 1966 (recopilación y notas de José Ramón Medina).
- **Umbral.** Ediciones del Ateneo de Caracas, 1966.
- **México y la revolución mexicana.** Ediciones de la UCV. Caracas, 1966.
- **Cuando quiero llorar no lloro.** Editorial Tiempo Nuevo, Caracas, 1970.
- **Poesía completa.** Editorial Monte Ávila, Caracas, 1972.
- **Un Morrocoy en el cielo** (Antología humorística). Editorial Tiempo Nuevo, Caracas, 1972.
- **Flores, ciudad del hombre.** Editorial Arte, Caracas, 1974.
- **Romeo y Julieta** (versión libre de Miguel Otero Silva). Editorial Fuentes, Caracas, 1975.
- **Obra humorística completa.** Ediciones Ariel y Seix Barral Venezolana, Caracas, 1976.
- **Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad.** Editorial Seix Barral, Barcelona, España, 1979.
- **La piedra que era Cristo.** Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1984 y Editorial Arte (Edición ilustrada Homenaje del Diario *El Nacional*).
- **Escritos periodísticos** (selección y prólogo de Jesús Sanoja Hernández). Caracas, Libros de El Nacional, 1998.

- **Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.** En: *Discursos Académicos, 1971-1978.* Tomo VI. Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1983.
- **Otero Silva, Miguel y Betancourt, Rómulo.** *En las huellas de la pezuña,* Santo Domingo, 1929.

Bibliografía Indirecta

- **Caballero, Manuel.** *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela,* Caracas: Contraloría General de la Nación, 1999.
 —————. *Gómez el tirano liberal.* Caracas: Alfadil, 2003.
 —————. *Las crisis de la Venezuela contemporánea.* Caracas: Alfadil, 2003.
 —————. *Rómulo Betancourt, político de nación.* Caracas: Alfadil / Fondo de Cultura Económica, 2004.
- **De Lima, Salomón.** *Barcelona en la letra de su cronista.* Caracas: Editora San José, 1976.
- **Fuenmayor, Juan Bautista.** *1928-1948, Veinte años de política en Venezuela.* Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e Hijos, 1979.
- **Garmendia, Salvador.** *La novela en Venezuela.* Caracas, 1960.
- **Lengrad, Eloi y Sosa Abascal, Arturo.** *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla.* Caracas: Centauro, 1981.
- **Márquez Rodríguez, Alexis.** *Acción y pasión en los personajes de Miguel Otero Silva y otros ensayos.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985.

- **Michelena, Eduardo.** *Vida Caraqueña (memorias íntimas, comentarios, anécdotas)*. Madrid: Taller Gráfico CIES, 1965.
- **Pocaterra, José Rafael.** *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez (1929-1935)*. Caracas: Banco Industrial de Venezuela, 1973, 2 volúmenes.
- **Subero, Efraín.** *Cercanía de Miguel Otero Silva*. Caracas: Editorial Arte, 1978.
- **Urbina, Rabel Simón.** *Victoria, dolor y tragedia*. Caracas: Tipografía Americana, 1936.
- **Varios Autores.** *Aproximación a la obra de Miguel Otero Silva*. Caracas: CONAC, 1993.

Fuentes hemerográficas

- *Fantoches*
- *Caricaturas*
- *Elite*
- *Ahora*
- *El Popular*
- *La Esfera*
- *El Morrocoy Azul*
- *El Nacional*
- *El Universal*

Del mar y del río	11
Pasos previos	21
La Universidad y la política	29
Los caminos externos	35
Fracaso y exilio	39
De París a Trinidad	43
Días de regreso y lucha	49
Entre el despertar y la clausura	53
De la tierra y la poesía	59
Días de mar	63
Periodista en Nueva York	69
México, La Habana y Bogotá	73
El columnista de <i>El Universal</i>	77
De Bogotá a Caracas	81
La fundación de <i>El Nacional</i>	87
Primer aniversario	95
De un golpe al otro	97
Se hace camino al andar	107
El hombre solitario	111
Semana Santa en Macuto (tomado de <i>Sinfonías</i> <i>Tontas</i> , 1942)	117
Cronología de Miguel Otero Silva	123
Bibliografía esencial	127

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. Cesar Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez

Próximos títulos

- Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
Mario Briceño Irigorri / Laura Febres
Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
Manuel Egaña / Luis Xavier Grisanti
Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de julio de 2006, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Miguel Otero Silva

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Argenis Martínez

Miguel Otero Silva nació en Barcelona en 1908. A los veinte años, en 1928, inició su aventura política como integrante de la generación que se rebeló contra Juan Vicente Gómez. Miguel se definió pronto como uno de los más intrépidos. Fue involucrado en el golpe del 7 de abril, y no tuvo otra escapatoria que huir de Venezuela. A los 21 años, participa en el asalto a la isla de Curazao, al atardecer del 8 de junio de 1929; está entre los que esa misma noche cruzaron las aguas caribeñas e invadieron la tierra venezolana. En ese año de vértigo de 1929 escribió con Rómulo Betancourt el primer relato de la insurgencia contra Gómez. Descartadas las soluciones tradicionales, MOS se aleja del Caribe, y con otros estudiantes viaja a Europa. Primero París, después Cataluña. Todo el grupo se inscribe en la Universidad catalana, menos Miguel porque "para esos tiempos era un agitador revolucionario más que ninguna otra cosa".

Cuando muere Gómez tiene apenas 27 años. Regresa a Venezuela en 1936, pero en el 37 vuelve al exilio. En 1941 fundó *El Morrocoy Azul*. Tiempo después deja a un lado la política militante y se dedica a la escritura, la novela, la poesía, el humorismo, el periodismo. En 1943 fundó con su padre *El Nacional*. En 1955 volvió a la novela con *Casas Muertas*, varios lustros después de *Fiebre*, su novela revolucionaria, para no cesar en la escritura.

Argenis Martínez conoció y trató de cerca a MOS en la redacción de *El Nacional*, y ha tenido el privilegio de consultar sus papeles y cartas personales, de recorrer imaginariamente sus caminos, lo cual le permitió escribir esta espléndida biografía donde, por primera vez, se descubren episodios desconocidos de la vida y obra del gran venezolano que fue Miguel Otero Silva.

Simón Alberto Consalvi

ISBN 980-395-026-6



9 789803 950262

J-00012242-3

EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

J-00002949-0